ruben lena
vagabundeos y canciones de zenobio rosas

U863 44
LEN v

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

RUBEN LENA
VAGABUNDEOS Y CANCIONES
DE ZENOBIO ROSAS

4068

U863.44
LEN v

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL
Gaboto 1582 - Tel. 4 32 06 - Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - 1982.

A MANERA DE PROLOGO.

Hay quienes comienzan a leer los prólogos, glosas o epílogos que acompañan el cuerpo de un libro, fijándose previamente en quien los firma. Con ello ya forman un prejuicio o a veces, simplemente no leen lo que a dicha firma antecede. Esto último ya no nos preocuparía tanto, pero pensamos que este libro puede llegar, llegará seguramente, a lugares imprevistos y entonces puede darse aquello de "mirá quién habla de quién". Por eso, quizás lo mejor sea decirlo lo antes posible: somos nacidos en los mismos años y pagos que Ruben Lena. Hermanos enteros de tierra y tiempo.

Sin embargo escribimos estas líneas, tranquilos y seguros de que no entraremos en terrenos de implicancias, terruñeras o de amigo. Las que, por otra parte, no siempre garantizan juicios favorables o ditirambos fáciles, como tampoco suelen hacerlo las opiniones de los prójimos. Recordamos al flaco Rabellino cuanto contaba que, ante la anunciada visita al pueblo de un ministro que antes viviera allí unos cuantos años, como alto funcionario judicial, dijo doña Palmira:

—¿Ministro? ¡Mire si va a ser ministro ese hombre, que vivía ahí enfrente y todas las mañanas tomaba mate en la vereda!

Ocurre que, simplemente, no escribimos para hacer crítica de este libro de El Rubito. ¿Y para qué entonces? —puede preguntarse alguno. Sobre el "para qué" es posible que cada lector concluya el suyo, pero sobre el "por qué", capaz que algo podamos decir y hasta amojonar uno o dos porqueses".

Porque "sentimos clarito" y hasta vimos nacer algunos de estos cuentos, en los que engarza él hoy sus versos. Y tenemos una fe muy firme en la esencia de aquellos que es idéntica a la de éstos, ya que tienen una fórmula única que asoma en un verso, creo que de "La Uñera", hablando "del hombre con su misterio".

Cuentos de aquellas tierras a los que podrá faltarles algo al comienzo o en el medio o que terminan sin un final. Pero que no caben en el estrecho molde de anécdota, porque son mucho más. Trascienden este concepto y se desparraman desbordándolo, porque

4068

leudan en ellos los fermentos mágicos, precisamente del hombre y su misterio. Pueden cambiar el paisaje, el momento, u otro elemento cualquiera: puede ser la deprimente llanura gredosa de la "sétima sesión" o la ancha plata del Cebollatí o las rispidas sierras yerbalenses; pueden ser noches negras o venir saliendo el sol "como tapa de barril"; pueden contarnos de un albañil o un matrero, un botero o un caminante, un guitarrero o un siete-oficios. Pero todos tendrán allí, en su propio centro, a un hombre que por tal, sustentará o será, él mismo, un misterio.

Porque El Rubito es de pago de "contadores", como afirman muchos que es Treinta y Tres del Olimar. Y allí mismo cursó una de las más rigurosas escuelas del cuento: la del Club Atlético La Vaca Azul que, en sus aspectos sociales y culturales, cuajaba en grandes y largas ruedas donde había que "enfrentar con bueno". Aspirantes hubo cuya absoluta frustración, dejó con la raíz para arriba y para siempre, hasta morir, su pretensión de alternar allí y dejar alguna huella. Dos armas temibles estaban siempre prontas, sordas y ciegas a manifiestas humildades y anheladas tolerancias, frente al audaz aspirante: podía ser el silencio y las miradas extraviadas vagando en el mismo, estrangulando implas todo esbozo de gracia en lo oído o, por el contrario, un rotundo y prolongado coro de carcajadas, notoriamente forzado y evidenciando, no gracia del cuento, sino burla hacia el metido a contador. Que podría llegar a serlo, si su vocación sobrevivía al bárbaro rito iniciatorio. Salía "bueno o mosqueador". Y el Rubito no mosquea.

Dijimos uno o dos "porques" y nos vamos a sostener en ello. Seguros, además, que son suficientes. Después de todo. Hay que acordarse de Omarcito Gutiérrez, cuando decía:

—De parejeros ustè no crea prosa. Bájele la manta, oserve el material y llameló en el reló!! Ahí va a ver si es bueno.

Haga eso el lector y después me dice. Y si ya lo hizo ... diga nomás.

José Mª Obaldía.

"Como pa'encontrarte loco,
si te habías quedado adentro".

Francisco.

En 1967 pensé que para no aburrir al público con un nombre que se repetía muchas veces debía firmar unas canciones con el de Zenobio Rosas al cual le supuse una posible vida para que los cantores la contaran episódicamente, por aquello de que siempre se quiere saber quien es el autor.

Fue una anécdota mínima, un hilo apenas para darle coherencia y credibilidad a las canciones.

No tiene pues importancia.

Tiempo después se me perdieron los apuntes de la historia, que ahora aparecieron fragmentariamente y como los encontré los entrego.

A quince años de su elaboración puedo decir que no funcionó el personaje como máscara de ocultamiento, porque una serie de desinteligencias hicieron que algunas veces apareciera como autor el nombre de Zenobio Rosas y otras veces la misma canción a nombre de Rubén Lena. No tiene importancia, repito.

En cuanto a atribuirle al autor las ideas del personaje, es lo mismo que hacer eso con los personajes de una tragedia.

Como en el relato de don Cipriano, hay una mezcla de realidad y ficción que se hace difícil entenderla.

Ojalá que usted la entienda y me la explique.

El filo del cuchillo en el ollejo del dedo, dijo:

— Pronto.

El hombre se encamina hacia la oveja ya maneada y colgada del tirante, cuando en la tibia luz de la mañana, en la llanura verde, tres galopes cercanos lo detuvieron y se quedó mirando los jinetes.

— ¡Deje esa oveja, deje esa oveja! —gritaba Juan Lorena y el hombre, saliendo sin apuro, les gritaba también:

— Bájense, bandidos. ¿Se puede saber de dónde vienen?

— De las pencas —dijo Zenobio Rosas.

— ¿A estas horas?

— Otra que pencas —dijo Victoriano Valdez.

— Por pencas se empezó —dijo Juan Lorena, al tiempo que saludaban al dueño de casa.

—Y ha estado lindo, parece...?

—Pa''suela, capellada y taco'' —dijo Juan, señalando disimuladamente a Zenobio.

—Bueno, desensillen... —dijo el dueño de casa.

— Y yo carneo —dijo Juan Lorena, al tiempo que con una mano se quitaba el poncho blanco y con la otra echaba mano a su cintura diciendo:

— El Victoriano se apronta el mate y el Zenobio desensilla los caballos. ¿Está bien, dueño'e casa?

— Muy bien, Juan.

Juan Lorena, chacotón y chismoso, buen amigo y ''bruto como marlo'', al decir de Zenobio, dispone de esa forma porque quiere contar lo sucedido. Mientras que los otros acatan su orden, sabiendo que es inevitable su decisión de contar dice:

— Yo no le permito a nadie que hable de un amigo alante mío. Pa'eso'toy yo.

Y cuando el chorro de sangre sale espeso y redondo, rebotando en el fondo del balde, dice, limpiando su cuchillo, mientras mira nerviosamente a Zenobio, que está desensillando a la sombra de los paraísos:

— Usted ni sabe lo que le pasó al bandido en el baile. Se ha escapao en l'anca'e un piojo.

"Se empezó a dragonear a la Feliciana por atrás del brazo'e la guitarra. Y con el brazo de él se hacía sombra y la Feliciana blanqueaba los ojos soñando y miraba a la vieja, que tenía un gurí dormido en la falda. A cada rato la Feliciana se sacaba un mechoncito'e pelo que le caía por la frente y lo miraba al Zenobio como para que se le juera por la mirada, tentándolo. Y el Zenobio en una de esas le pasó la guitarra al Comisario Cuzco y la invitó pa'bailar.

"La vieja la tenía reservada, pero el Zenobio la sacó sereno. La vieja se atufó. Al principio bailó con mucha cirimoña, pero dispué, como les prosea científico y baila y prosea y no se pierde, la traía cortita y cabresteaba, la china. Bailó una pieza, bailó dos y era un "redetimiento" puro. "Redepente" se quedaron mirando bailar, pero lo que buscaba el bandido del Zenobio era un lugar oscuro. Yo no le perdía pisada porque es un argentino bárbaro. La fue llevando y llevando hasta que la convidó pa'sentarse en un rincón. La vieja'staba con una trompa como chancho'e monte. El Zenobio le lloraba más penas que un sabiá. Ella era un dulce redetido y él le agarró la manito y se quedaron entre ellos como si el mundo se hubiera fundido pa'siempre. Taban como en el cielo, cuando la vieja se levantó con el gurí en los brazos. Atravesó la sala y se les plantificó en el frente, diciéndole "si no tenía vergüenza de sacar una hija'e familia, pa'tenerla agarrada en un baile'e vecinos; que qué se había creído, que seguro que era ministro pa'andar redotando corazones y prometiendo lo que no tenía, que mejor juera a lavarse las patas, que no sabía en qué hora estaba que no lo sacaba del fundillo pa'juera" y ya largó el gurí al suelo. El Zenobio, que estaba de toditos los colores, le decía: —"Pero señora." "Qué señora ni señora, calandraca sin voto, lana de epidemia, jedentina en flor". ¿Había oido eso? Las parejas miraban el quibebe

tímidamente. "Pero doña Salustia" —"Que doña Salustia ni doña Salustia, gaucho maleta, torcedor de rejas, saltador de ventanas con malvones, que ahí están los vecinos de testigos". El Zenobio se paró blanco'e rabia y le dice: "— Me permite doña, me permite?". "— Que te vía permitir güevo'e fiandú". "Atienda señora —le gritó el Comisario— atienda. "La vieja, hecha un zorrillo, no atendía a nada y el Zenobio —este operao— no va y le dice, aprovechando un resuello de la vieja: — "Vuélvase macho un minuto; hágame el gusto y sígame", le dijo, y salió puerta ajuera. Por suerte que agarraron la vieja que se desensillaba bellaqueando y la Feliciana lloraba de vergüenza, pero yo le garanto que esa paloma está chumbeada —dijo Juan— ahí viene, ¡cuidado!

Cuando entró Zenobio, Juan se había puesto recién a cuerear.

— Ya contó este embustero —dijo Zenobio.

— Sí, embustero, embustero.

— ¿Pero no habíamos quedado en que no ibas a contar?

— Sí, pero vos sabés que yo no aguanto. Portate si me tenés miedo.

Nos reímos todos, pero no del todo y Zenobio dijo que había pasado mucha vergüenza:

— Pobre muchacha, si sé ni la saco a bailar.

— Sí, mirá que teja vos... ¿Y el Victoriano se habrá dejao apretar por el mate?

Ahora fue un momento terminar de carnear y cuando estuvo pronto, ya lavadas las manos, se dirigieron a la cocina. Victoriano estaba dormido en un sillón de mimbre y la caldera se iba por el pico.

— Vamos compadre, que no es gato pa'dormirse en sillón —dijo Juan.

— Y ¿ya terminaron? —bostezaba Victoriano, pasándose la mano por los ojos.

— Vamo'a lavarle la cara...

— No permito esa gracia —dijo Victoriano, levantándose y yendo a poner el agua en el termo.

— Ahora sí, con un mate y una guitarra'stamos hecho. ¿No le trae la guitarra pa'este? —dijo Juan.

— Juan, en la maleta está la botella.

La guitarra está ahora en manos de Zenobio, que demora en templarla.

— Cantate aquella que me gusta; pero ponele sentimiento —dice Juan.

— Callate —dice Victoriano.

— Pero escuchen esa divinidad —volvió a decir Juan, cuando Zenobio comenzaba con unos adornos, que brillaban como las gotas de rocío de aquella telaraña que colgaba de las ramas desnudas del duraznero del patio, y empezó a cantar:

Ni aunque miraras el pasto
— Esa— dijo Juan.
mojadito de rocío,
sabrías que estuve anoche
en tu ventana, amor mío.
Ni aun estando levantada
antes que el mismo rocío.

II

Solamente que me amaras
me habrías sentido cantar
y era un cantar de alma triste
por encontrar su lugar
y la noche lo agrandaba
para hacerte despertar

III

Ni aunque miraras el pasto
mojadito de rocío,
sabrías que estuve anoche
en tu ventana, amor mío.
Ni aun estando levantada
antes que el mismo rocío.

— Esa es la más linda pa'mí —dijo Juan—. Este Zenobio es un burro llorón.

— ¡Epa! —dijo Zenobio.

— Bueno hermano, saco el burro y ya'stá.

***

Zenobio Rosas, con su pelo cerdudo debajo del sombrero de alas anchas es Zenobio Rosas.

Nació cerca de la Laguna Merín cuando era una zona salvaje, antes de que despertara la codicia de los estudios.

—Pero le quedará el horizonte y el chas-chas de los vasos del caballo en el campo encharcado —dice Zenobio— y nosotros arriba.

A veces llega de visita.

—¿Qué milagro?— se le dice en todas partes.

—Es verdad. Aquí ando a ver si me llama la medallita... Y este es el caso: Al Virico se le había perdido en el pasto y todos los días la buscaba un poco. Daba unas vueltas y decía: —"No hay caso, no me llama". Y otro día: "Hasta que no me llame no la hallo". Y otra vez: "—Quien sabe hoy no me llama..." —y miraba el pasto escuchando. "Pero si no es verguenza..." —decía el Virico, con esperanza.

Zenobio es guitarrero, guitarrero de campo, pero nunca ha servido para tocar cuando uno quiere. Tratar de hacerle cantar cuando no quiere, es lo mismo que decirle a un niño chico: "A ver mi hijo, dígale aquello a la abuela, aquello", para terminar con un: "Bueno, le comieron la lengua los ratones". Dice que no, y es no por todos lados. Pero hay que escucharle cuando quiere cantar. Entonces la voz nace de un manantial oscuro y poderoso, triste a veces, como ahora cuando canta:

I

Se oscureció la luz del monte entero,
cuando llegó de pronto la noticia.
Le dije no, no es cierto todavía
tengo que verla pero le creía.
¿Que ahora no ven sus ojos la mañana?

II

Pero qué sol aquel, qué monte extraño,
qué campo seco, qué arrayán sombrío,
porque allí estaba un alazán de espumas
y en el medio del monte la noticia.
Y ahora no ven sus ojos la mañana...

III

Porque su mano le quitó a los ojos
la luz de las mañanas prometidas
y oscureció de nunca el monte entero,
cuando llegó de pronto la noticia.
Ahora no ven sus ojos la mañana...

Esta versión de la impresión causada por la noticia del fin inexplicable de una hermosa muchacha, no aporta ningún elemento de juicio como para imaginarlo vinculado a tan triste decisión, a pesar de la especial vibración interna de la canción y de una expresión oscura: "Mañanas prometidas".

* * *

Un día me dijo:

—Yo lo conocí a usted en Cebollatí.

Sólo una vez había estado en Cebollatí, de manera que era poco lo que tenía que averiguar. Habíamos ido a jugar al fútbol con la Vaca Azul y empezó a lloviznar. Sobre la tardecita escampó y la gente se entusiasmó con un baile. Nos quedamos. A eso de la medianoche, pese al agua y al barro —había vuelto a llover intermitentemente— el presidente de la delegación la hombreó para el camión, ayudado por algunos vecinos del lugar, aunque algunas compañeras de baile no estuvieran de acuerdo.

Recuerdo que parado en la parte de atrás del camión, el presidente dijo: "Les agradezco este hermoso gesto de fraternidad", en el momento en que el camión arrancaba.

—¿Cuántos años tendría entonces?

—Diecinueve o veinte, Zenobio.

—El mundo es un pañuelo...

—Un pañuelo, es verdad —dije yo.

—Y nosotros unos moquientos —comentó Zenobio. —Usted se acuerda cómo llovía de a ratos. Yo había entrado al salón con un poncho encerado gris, muy pollerón, y me había quedado recostado a la pared, casi oculto por la puerta. De repente, un petisito vino tambaleando y se colocó a mi lado, contra la pared, con la cabeza colgando y las manos atrás. Miraba el suelo y yo

cuidaba que no se fuera a ir de narices, cuando los músicos arrancaron con "Cuando llora la milonga" y el petisito, cinchándose el poncho, me dice: "¿Bailamos morocha?". "Y usted no halla que nos van a echar?" —le dije. Recién alzó la cabeza, me miró y largó la risa. ¿Quién era el Petisito?

—No me acuerdo —le dije, riéndome.

* * *

La llanura es llanura cerca de la laguna. Perfecta la circunferencia del horizonte. En el invierno el agua está en la raíz del pasto. Donde no hay pasto hay barro. Es la patria de la bota de goma.

Cuando empiezan a secarse los charcos y bañados, se ve en el atardecer nubes de jejenes contra el sol. Los jejenes, pequeñísimos y oscuros, se ganan por todos lados. La gente se defiende de ellos con el poncho y el pañuelo.

El arado da vuelta una tierra arcillosa, negra o blanca, pero no choca jamás con una piedra.

En el verano la tierra se raja.

Los pastos amarillean y mueren y el viento levanta nubarrones de polvo. El día es una cúpula de luz y la noche una cúpula de estrellas.

Tomando la carretera que une a Treinta y Tres con Villa Pasano, a unas dos leguas de la ciudad hay una elevación a la que todos llaman el Cerro de Pilar, nombre de un vecino. En verdad, tendrá una altura de ocho o diez metros sobre la planicie interminable, pero parece enorme.

—Está también el cerro que hizo don Juan Santos enfrente a su casa.

—¿Cómo es la cosa Zenobio?

—Pues don Juan decía que de vuelta de cada viaje, limpiaba su carreta en el mismo lugar. Y con el barro de las ruedas fue haciendo el cerro. "Este cerro está hecho con el barro de todos los caminos del país" —decía don Juan.

Zenobio nació en una modesta vivienda de esta vasta región.

Recuerda a su madre, con los atados de ropa junto al pozo de balde.

Recuerda la ternura de aquellas manos lustrosas de jabón y

aquel luto permanente de dónde salía o por dónde se colaba ese *niño enfermo* como un arbolito flaco y desnudo.

Las pobres puertas no quieren
dejar al viento pasar...
Y en la alta noche una madre
oye al niño delirar.

—Los caballos, los caballos
me miran de la pared;
tienen los labios resecos
mamita que tienen sed.

—Duérmase mi hijito, duerma
que yo los voy a correr...
Cierre los ojos y duerma
que ellos se van, duérmase.

La luz no se queda quieta
crecen la fiebre y la tos
y salen del almanaque
los caballos de cartón.

—Mamita están erizados
me van a pisar a mí...
Por qué no se van ligero;
yo tengo miedo, vení.

—Duérmase mi hijito duerma
que esta es hora de dormir...
Va a ver como se compone...
Duérmase mi hijito, así...

—Mi hermana mayor y la otra eran muy adelantadas en la escuela. Después, cuando faltó mi padre, ya no pudieron ir casi. Yo estuve dos años nomás. Mi madre nos hacía sentar en la mesa grande de la cocina y mis hermanas se tomaban en serio el oficio de maestras. Yo era muy aplicado, pero los otros no. Mi madre atendía la comida y rezongaba, planchaba y escuchaba. Mis hermanas traían libros y leían a veces. Era lo más lindo sentir la voz de la lectora, el hervor de la olla, el ir y venir de la plancha sobre la ropa y algún comentario de mi madre que se había criado con una preceptora.

Cuando no entendíamos alguna palabra, mi madre se las hacía buscar en el diccionario y si quedaba oscuro el pasaje, ella aclaraba el sentido de la palabra. Los más chicos se dormían con la cabeza entre los brazos apoyados en la mesa, pero yo no me dormía.

—No Delia, No digas maguer.

—¿Por qué, si en el libro dice?

—Sí, pero uno debe hablar a tono con los demás .

—Entonces digo: Ansina, via dir pa'juera.

—No, Delia; eso lo dice ya alguno muy atrasado y nosotros nos reímos —le dice mi madre.

—Seguro —dice Isabel —como doña Canuta, la madre de Juan, que dice: Cuála jue pa'que le cuesa la cáida".

—Entonces yo no entiendo —dice Delia, enojada.

—Escucha muchacha: debemos saber mucho y los pobres mucho más, pero no ostentarlo. Es lindo saber más que los demás pero mostrarlo es vanidad.

Yo no sé de donde sabía esto mi madre. De pronto decía: "—Bueno, se terminó la lectura. Vamos a juntar las cosas que está pronta la comida. A poner la mesa".

Comíamos y yo me acostaba. Mis hermanas y mi madre se quedaban hasta tarde planchando, pero al otro día era la primera en levantarse y no nos perdonaba que nos distrajéramos en el trabajo. "El que afloja hace mal a los otros. Cuando se está haciendo una cosa ya se debe estar pensando en la que viene" —decía. A veces me mandaba en el carrito de la ropa o el petiso. Tenía que cruzar un bañado y bordear una laguna con un montecito de arrayanes.

Usted sabe que el gurí es feliz en el camino. Es dueño de todo. Con tal que sea de día, no envidia anadie;es dueño del mejor parejero y va a atar una carrera en el boliche. Es estanciero y va conversando sobre animales y precios y campos; es tropero de cantidad de animales chúcaros; es domador y va a visitar a la Marita, que tiene dos hoyitos en la cara y una trenza negra que cae con una moñita roja sobre el blanco de la túnica. No importa

que desde allá de las casas digan: "Aquel por el petizo debe ser alguno de los gurises de la Mercedes. Debe ir pa'l boliche, capaz. "Pero la Marita debe estar en la escuela. Ella no falta nunca. Y ¡qué bien vestida va siempre!

Un día de fiesta íbamos juntos. Iba con la moña bien grande que el viento le volcaba en la cara. Iba con mis hermanas cuando al pasar el alambrado, una semejante culebra se le enredó en las piernas. ¡Cómo lloraba y se agarraba! Cuando pudimos verle el lugar agarrado, tenía allí unos puntitos rojos de sangre. "—No es nada —decía Delia— es una culebra de bañado". Yo mojé el pañuelo y se lo di. Ella se limpió la sangre llorando. Delia le decía que no tuviera miedo, que ni se le iba a hinchar. En eso iba pensando la vez pasada —la vida es como el viento— cuando veo una semejante culebra que tenía una ranita atravesada en la boca. Gritaba y tenía los ojos saltados. Me tiré al suelo y le pegué con el cabo del arriador; largó la ranita, que quedó caída, y la culebra se ganó entre las pajas retorciéndose.

—¡Ah tiempo, tiempo! —dijo Zenobio y se puso a cantar:

El viento con la moña y con tu pelo
te hacían cosquillitas al pasar,
y en el verde soleado de aquel llano
estabas en el centro natural.

Estaban los hoyitos de tu cara
solamente de malos, porque sí
y el mundo de tu risa estaba en ellos,
abierta flor de un corazón feliz.

Tu no me ves pero te estoy mirando...
No se por qué soñar,
cuando miraba triste tus cabellos
desde mi guardapolvo de escolar.

Ahora ya pasó, tiempo lejano
y no supiste nunca, nunca que,
estabas en el aire adormecido
de mis ojos volando dulce y cruel

Y ahora ya pasó, tiempo lejano
te fuiste para no volver jamás,
pero si oye mi canto enamorado
te verás: niña, moña y delantal.

Tu no me ves pero te estoy mirando...
No sé por qué soñar,
cuando miraba triste tus cabellos
desde mi guardapolvo de escolar.

Pasó un larguísimo instante y le alcancé un mate bien cebado.

—Después se enfermó mi madre. Yo me daba cuenta, y mis hermanas también, y teníamos miedo. Ella rezongaba, gritaba y nos llamaba. Nos acariciaba, pero no aflojaba.

Yo le dije que había una laguna. Una vez pesqué un bagre grande. Lo abrí y me fui contento con la hazaña. Mi madre lo puso en la olla y en el reparto se quedó con la cabeza porque era lo que más le gustaba, dijo. Cuando yo le conté a la maestra ella me dijo: "Zenobio, tu madre es muy buena. Dijo que le gustaba la cabeza para no sacarles nada a ustedes".

Trabajaba de la mañana a la noche y nunca visitaba a nadie, ni recibía visitas. Siempre estaba haciendo algo y pensando en lo que tenía que hacer después... Un día nos repartieron. ¡Madre hay una vez!

A mí me llevaron a una estancia grande. Allí hice de todo. La vida es dura. Allí aprendí un poco a tocar la guitarra...

Sí, en la estancia había un viejito guasquero. Sabía algunas milongas, estilos, décimas, compuestos, valses, polcas y qué se yo. Sabía hasta unos versos que hablaban del General Aparicio Saravia, que quién sabe de dónde los había sacado. Y don Adelito cantaba:

El General Aparicio
entre los criollos, criollazo;
lo mismo maneja un lazo
que las bolas y el facón.
Le ata la cola a un buen potro
y le encaja las espuelas

y lo saca que se pela
compadreando al redomón.

Qué lástima que no me acuerdo de todo. Después venía una parte que dice:

"....."
se le alegra el corazón
con mate y asao bien gordo
con cuero y tuito peludo
y es un indio macanudo
pa'bailar un pericón..."

Yo que sé, y por ahí seguía.

Como me veía que yo lo escuchaba con mucha atención, un día me preguntó si quería aprender y me enseñó el mi menor y el dominante y yo tenía buena cabeza, según don Adelito.

Tenía una guitarra amarilla muy bien cuidada, con clavijero de madera. Cuando empezaba a llover, don Adelito decía: "'ta lindo pa'rascarle la panza a la gateada", y ahí se ponía. La gente no lo atendía mucho, como siempre, pero él tocaba lo mismo.

Yo pensaba cómo hacerme de una guitarra y en una ocasión oí que pagaban muy bien los cueros de nutria. "Ahí está la cosa", pensé, y aproveché la ocasión cuando el patrón nos mandó montear. Estuvimos a monte como quince días y cuando volví traía unos cueritos. Los vendí y en el mismo boliche había una guitarra que la había dejado empeñada un brasilero, una noche de timba. Era una lata, pero a mí me servía.

Ahí me empecé a entusiasmar en serio.

Don Adelito me enseñaba algo y yo aprendía enseguida. El fue quien me enseñó a tocar limpio. "En la boca debe ser, pa'que sea sentido", decía el viejo. Yo le ponía toda la atención, pero siempre hay que robar lo que otro sabe —como decía mi padre. Todos esconden y nadie larga todo el rollo. Yo me he dado cuenta que todos aprendemos de todos un poquito y otro poco de nosotros mismos, pensando.

—¿Y cómo le dio por hacer canciones, Zenobio?

—Bueno, mire, aprender una tonada es fácil; lo difícil es

aprender la letra. A los cantores no les gusta enseñar las letras que saben, porque no les gusta que otros canten lo mismo. "No, esa no se la enseño porque es mi orgullo", decía don Altamira, un guitarrero de antes.

Esta vez Zenobio cantó alto y jactancioso:

Yo soy cantor de estos llanos
donde el viento no reposa;
en el Brasil castellano
y aquí soy Zenobio Rosas,
en el Brasil, castellano
y aquí soy Zenobio Rosas.

Una vez que iba de apuro
y que no llegaba nunca
en la Boca del Ayala
se me atravesó la luna
en la Boca del Ayala
entre el cielo y la laguna.

A mí me gusta cantar
donde haya cantores buenos
que cantar es lo de menos
la cosa es saber cantar.
No es cuestión de acomodar
y emparejar la garganta
hay que sacarse la manta
y mostrar el argumento,
muchas veces sopla el viento
pero pocas veces canta.

Ahí viene saliendo el sol
como fondo de barril
y debe traer buena caña
porque viene del Brasil:
Y debe traer buena caña
porque viene del Brasil

Pa'ese no hay guarda-aduanero
ni milicos de fusil
¡Ah! Ponchito de los pobres
no te has de olvidar de mí:
Ah ponchito de los pobres
no te has de olvidar de mí.

Suena, guitarra querida,
que aquí empieza otro cantar
y tus cuerdas le han de dar
calor de su alma escondida.
Al salir de mi guarida
salí siguiendo mi signo
atento al cruce'e caminos
que tratan de embarullarme
pero nadie va a enredarme
el rastro de mi destino.

Yo soy cantor de estos llanos
donde el viento no reposa
en el Brasil, castellano
y aquí soy Zenobio Rosas.

—Yo sé que esto es una platonada, pero me gusta cantarla.

—Platonadas, ¿qué quiere decir?

—"Ah Platón" —decía el Negro Denis, cuando en una rueda de gofo alguien "rebotaba" grueso...

***

—Hay que entrar Brasil adentro para ver fábricas; cualquier pueblo está lleno de chimeneas, pero nosotros somos una desgracia. Ahora vine con un brasilero que me decía al llegar aquí: "Treinta y Tres, ciudad grande y sólo una chimenea". Me callé la boca por no decirle que estaba equivocado; que aquello no era un chimenea sino el Obelisco.

—¿Y por dónde anduvo ahora, Zenobio?

—Esta vez fue por Santa Victoria, Pelotas, Piratiní, Arroyo Grande...

—Usted sabe que me llama la atención una cosa y es cómo viviendo siempre por la frontera, usted no mezcla palabras portuguesas.

—Ah; eso es orgullo. Y es difícil sostenerlo. Son muy especiales los brasileros... ¿Usted se acuerda del cantor Rovira? ¿Lo conoció? Aquel que cantaba la declaración del tartamudo... Bueno, una vez pasó por Río Branco rumbo al Brasil. Al mes cuando volvió, cantaba: "Adeus rapaces companeros da existenza".

La luna del Brasil mira tan dulce
desde un cielo de lento movimiento
que no quiere dejar
al pasar la frontera
y no quiere saber
que de este lado la espera un castellano.
Y ni al mirar
los ojos que la miran,
por eso se convence y dice:
—E bom, e bom, e bom, e bom.

La luna del Brasil habla tan dulce
con un susurro en verde y amarillo,
que no quiere dejar
al pasar la frontera
y no quiere saber
que a mí me gusta que me hable en castellano
y ni al caer
redonda sobre el pasto,
por eso se convence y dice:
E bom, e bom, e bom, e bom.

—Hm...

***

—¿Usted conoce el Cebollatí?

—Algo Zenobio —y recordé el Cebollatí como un turista.

La carretera que une Treinta y Tres con la Charqueada, puerto sobre el Cebollatí, es una ruta ondulada, con sus cuestas

4068

mansas hasta unas cinco leguas de la ciudad. Luego se va haciendo plana. Algunas arboledas y montes de eucaliptus hacia donde se mire, alguna capilla, algún establecimiento de campo, con sus métodos modernos de explotación agropecuaria, la Cipa Olimar, el Poblado Acosta con su viviendas pobres.

Más allá, la carretera se abre hacia la izquierda y se ve la línea del monte natural. Las palmeras le dan un aire tropical. Luego la Charqueada, a orillas del río, con su viejo muelle. En bote o en lancha el río se impone con su grandeza, su quietud, su lejanía. El monte espeso, el silencio, el vuelo de los patos, alguna que otra población en sus barrancas parecen sorprendidas. Los "Furaos", brazos falsos del río, aparecen semi-escondidos a una y otra orilla del Cebollatí. Las Tres Bocas, La Isla del Padre, son acontecimientos majestuosos de aquellas soledades. De vez en cuando algún bote cargado sorteando la corriente. Cuando está lleno o crecido, los conocedores meten sus botes por lugares que sólo ellos saben y son incontrolables. Luego la desembocadura en la Laguna Merín, anchísima pampa de agua.

—El Cebollatí es misterioso. Las cosas y las gentes viven como en otro mundo —dice Zenobio—. Escuche esto —me dijo esta vez:

Cuando empieza a amanecer
y a aclarar el horizonte,
se comienza a divisar
el negro perfil del monte.

Y ahí está el Cebollatí
como un espejo de lindo
y el lucero está temblando
sobre las aguas del río.

Mañanita no te apures,
que el silencio está quietito
y en las puntas de los pastos
está dormido el rocío.

El verde oscuro del junco
se hace negro en el bañado
y el Juan Grande anda en lo suyo
pensativo y cabizbajo.

La noche se hizo la ciega
pero ha sentido remando
y el río como un gran padre
las soledades velando.

Mañanita no te apures
que el silencio está quietito
y en las puntas de los pastos
está dormido el rocío.

Y se fueron durmiendo o alejando una tras otra las notas de la guitarra, después que se apagó la voz de Zenobio.

—¿Le gustó? —me dijo sin esperar respuesta—. Yo pasé mucho tiempo sin volver. Mucha gente se fue y otra murió. Es triste volver a un lugar y preguntar por gente que no está. Es como si ya uno no perteneciera a ellos. Saber que las cosas suceden sin uno o encontrar que han crecido, envejecido o cambiado sin estar uno en la mudanza.

Y esa vez volvió a cantar, aunque siempre decía que cada día era para una canción; y se enojaba con los cantores que cantaban una canción tras otra:

Ya no soy nadie ya ni en tu recuerdo.
La ausencia pudo así en tu pensamiento.

Ya no soy nadie ya para tu mundo
y ayer, ayer nomás íbamos juntos.

Ya no soy nadie yo pero estoy vivo
y con la viva llaga de la vida peregrino.

Yo me guardé la luz de tu mirada
soñando con poder volver y hallarla.

Y es triste regresar sin que me miren
con el fuego de ayer, de ayer y brillen.

Yo no soy nadie ya pero estoy vivo
y con la viva llaga de la vida peregrino.

—¿Y eso qué es, Zenobio?

La noche era fría. Zenobio recordó con aparente ligereza que la luz se puede congelar.

—Don Serafín Acosta encontró una noche igual. Fue cuando quedó dura la luz del candil. Cuando la fue a apagar de un soplido no pudo hacerlo y la tuvo que cortar con el cuchillo.

—El Cebollatí cría gente que no se ve en otro lado. Como el Lobito, por ejemplo. El Lobito comía sólo pescado. Decía que era la única carne limpia. Que por él se podían terminar todos los otros bichos. El Lobito llegaba de vez en cuando a la Charqueada a comprar tabaco, yerba, sal y alguna cosa más y enseguida se perdía en su bote por el Cebollatí. Hacía tiempo que no se le veía por allí la última vez que estuve. A Gil A. Bas tampoco. ¿Oyó hablar de Gil A. Bas? ¿Lo conoció?

—Oír hablar de él sí, pero no lo conocí.

—Gila Bas, así le decía la gente: Gila Bas era una cosa bárbara. Una vez tuvo un lío y lo trajeron tan mal que se tuvo que tirar al río. La policía creyó que se había ahogado. "Bueno se terminó Gila Bas", decían, y ya estaban por volver cuando lo vieron sentado en la otra orilla y usted sabe que allí el río tiene bien dos cuadras de ancho. Ha quedado el dicho: "Como la zambullida de Gila Bas". Y el Tuerto de la Mulata, compañero de Gila, y el Comisario Quintana, ya no están más tampoco. El burrito de Baliño se murió. Le voy a decir una cosa: el burrito de Baliño era muy importante, créame, un burrito humano.

—¡No me diga! —Zenobio exageraba, seguramente.

—Toda la gente se lo puede contar. Todo el mundo sabe las historias. Lo único que le faltaba era hablar. El burrito era de Baliño, pero más que de Baliño era del pueblo, de todo el pueblo. Andaba suelto por las calles. Entraba en los patios. Cuando entraba en las quintas, no pisaba ni comía las plantas. Tenía cuidado de no pisar los canteros.

(Yo me sonreía)

—Usted no cree pero todo el mundo lo sabe. Las mujeres lo cargaban con atados de ropas para lavar o con ropa ya planchada. Llegaba a las casas y metía la cabeza en las cocinas. Comía pan, bizcochos, caramelos, cualquier cosa que le dieran. Lo mandaban a los boliches con la canasta para llevar cosas. Le subían los muchachos chicos para que los llevara a la escuela sin embarrarse. Era manso y servicial, pero también era sabandijazo. Cuando estaban de truqueada o de reunión en algún boliche, el burro se paraba en la puerta y era un parroquiano más. Una vez, el pirincho se emborrachó y lo quería subir para que lo llevara, pero no podía volear la pierna. Se agarraba del pezcuezo y caía. Entonces el burro se echó y el Pirincho pudo subir. Cuando llegó al rancho golpeó con la cabeza en la puerta para que se levantara la mujer.

—Eh! Zenobio, me está asando; afloje.

—Y eso no es nada. No faltó una vez, que un paisano alegrón le hiciera tomar una naranjita. Al burro le gustó aquello y el autor de la gracia la repetía de tarde en tarde. Y no tomaba la naranjita como un cordero al que le tienen la mamadera, sino que la levantaba del suelo y echaba la cabeza hacia atrás hasta vaciar la botella. Después la ponía en el suelo otra vez. No faltó alguien que le diera una vez una rodaja de salchichón y así agregó otro, un pedazo de queso o un bocado de dulce de membrillo. El burrito sabía que la gracia terminaba cuando le daban de comer. Entonces se iba. Al pasar por los caballos atados, les tiraba un par de patadas y salía a los saltos mientras que la gente se reía. Una vez, en lugar de darle naranjita, le hicieron un medio y medio de caña con naranjita. El burrito, después de tomarse la botella y de comer unas rodajas de salame, salió al galope rebuznando. De pronto se paraba un poco, se bamboleaba y agarraba velocidad de nuevo. La gente preguntaba: "¡Qué raro! ¿Qué le pasará?" Y el burro se fue a dormir al monte, por no hacer papeles.

—¡Zenobio! —le dije.

—Ahora estoy jugado; pero la cuestión es que desde ese día, cada vez que estaban de garufa en alguno de los boliches, al burrito le "tocaba" también. No miraba si era caña o cerveza. Vino sí. Vino no tomaba ni con naranjita. El Tuerto decía que porque eran bebidas de negro. Pero se fue poniendo belicoso. Quedaba con los ojos tristes si no le alcanzaban la botella y ya no era cuestión de que tomara un poco y se fuera, sino que permanecía esperando más. Y tenían que darle. Entonces se empezaba a tambalear y a mirar de reojo los caballos atados, hasta que de repente la emprendía a patadas, hasta que reventaban riendas y bozales. Un día, no podían con el burro enfurecido ni dándole arriador. Lo tuvieron que enlazar y atar. El burrito al fin aflojó el

cuerpo y se durmió. Pegaba unos ronquidos tan profundos que los hombres cuidaban de no hacerle barullo. Lo desataron con ternura mientras dormía. Porque era servicial y bueno con todo el mundo: con los muchachos, con los niños chicos, con las dueñas de casa, que se enojaban con los bandidos que lo emborrachaban. Servía para cinchar un carrito, para un barril de agua, para un mandado, para todo. Sus gracias se contaban como las de Gila o las de don Carlos Pintado. Eso sí, cuando sentía al vapor cargado remontar el Cebollatí, no lo encontraba nadie. En el puerto hay unos rieles, por donde corren las vagonetas que son las que transportan los productos del vapor. Las vagonetas son accionadas por una maroma. El burro se acobardó de cinchar las vagonetas, de manera que cuando sentía el vapor escondía la cabeza y enderezaba al monte a todo lo que daba y por más que lo buscaran no daban con él. Era, ya le digo, una persona más en el pueblo hasta que vino un vecino nuevo que no simpatizó con él. El burro que entraba en todas las casas entró también en la quinta del vecino nuevo. Al hombre no le gustó aquello. Le puso un alambre en el pescuezo y lo ató a un pote. El burro amaneció muerto. Se había ahorcado. La gente no decía que de burro, sino que de malo y de tristeza. Era como una persona.

En las barrancas dejan
las rastrilladas.
En las barrancas dejan
las rastrilladas
si sabe que yo llego
la capinchada,
si sabe que yo llego
la capinchada.
Y sabrá cuando quiera la brasilera.

Una vez por el pueblo
de la Charqueada,
Una vez por el pueblo
de la Charqueada,
la gente andaba al fiudo
de no hacer nada,

la gente andaba al fiudo
de no hacer nada.
Y en el Poblao de Acosta
no hay ni un Acosta.

Y allá por los silencios
de la Quemada,
Y allá por los silencios
de la Quemada,
"cosa linda la noche
de madrugada",
"Cosa linda la noche
de madrugada"
porque el cielo en enaguas
anda a flor de agua.

Como amigo le digo que soy su padre,
como amigo le digo que soy su padre,
aunque usted sea negrito y con gusto a bagre
aunque usted sea negrito y con gusto a bagre.
Y esta noche relincho a lo capincho.

Y dicen que hay pobreza por esos pueblos,
y dicen que hay pobreza por esos pueblos;
¿en qué topa el cuchillo? Tal vez en hueso...
¿en qué topa el cuchillo? tal vez en hueso...
Por qué no hacen del aire tajadas...

* * *

Zenobio se dejaba llevar por los recuerdos.

—Tampoco estaba don Gabrielito. ¿Usted lo conoció?

—No, personalmente no. Una vez lo vi, pero me acuerdo muy bien de su figura. Menudo, barba entera, con el sombrero aludo requintado y de poncho negro de bayeta roja, levantado por delante y cayéndole por la espalda.

—Un hombre olvidado.

—Olvidado no, Zenobio, sino algo más injusto todavía: desconocido.

—Tiene razón usted, sí; olvidado no, porque la gente que lo trató o conoció no lo olvida; pero esa gente se va terminando. Los jóvenes no saben nada de Gabrielito Guerra.

—Seguro, Zenobio, porque la obra de Gabrielito no se halla editada. Dicen que parte de sus originales los tienen sus familiares y otra parte la tienen los amigos. El Mundo Uruguayo —una revista muy buena que desapareció— publicó, hace muchos años, algunos poemas y en periódicos de Treinta y Tres se publicaron muchos.

—¿Se acuerda de aquellos impublicables?:

"En la Estancia La Rosada,
atrás de un viejo chiquero,
donde fuera cagadero
de todita la peonada..."

—Dicen que era payador...

—Sí, y la gente sabía que iba a decir cosas importantes y graciosas cuando improvisaba. No era como Patricio Sierig que, a veces, improvisando, le salían cada bolazos...: "En eso llegó un paisano / que hace rato que allí estaba...", ni como el Bisco que decía: "Escuchá esto: Cuando el general Artigas / estando Olimar por medio / con el coronel Ufredio..." ¿Existió el coronel Ufredio? "—Qué va a existir, Bisco". "Qué lástima por la consonante", decía el Bisco.

No, Don Gabrielito era un payador y un hombre que conocía el corazón de la gente. En una reunión estaba lejos, hasta que la gente se iba arrimando...

—Habría que hacer algo por ese hombre.

—Claro, qué lindo sería. ¿Y por don Valentín no habría que hacer algo también? Se acuerda de aquellos versos que recita Rufino Mario García:

"A vos no te importe
que tuitos te digan
que soy un mal hambre y hasta que soy fiero..."

—Seguro que sí. A pesar del libro publicado...

—Dos vidas legendarias...

—Y dos obras legendarias. Menos notoria la de Gabrielito por su índole arisca: "Ahora —decía— me voy a ahumar a la cocina de Angito", uno de sus grandes amigos.

—Valentín Macedo conjuraba la simpatía popular. A la hora de escuchar su palabra desde la tribuna era rodeado por el pueblo, porque era un gran orador. El tiempo llegará. Y a don Carlos Pintado, ¿lo conoció, Zenobio? —le pregunté para cambiar de tono.

—Cómo no, quién no conoció a don Carlos por esos pagos. "Usted es Pintado" —le preguntaron una vez—. "No señor. Soy así nomás", le contestó. Don Carlos era oportuno, ingenioso, gran señor en la humildad de su vida. Una vez iba atravesando el pueblito del arrozal con una bolsa al hombro y una escopeta. Unas mujeres le preguntaron si había andado cazando.

"—Es verdad, sí señoras", les contestó.

"—¿Y cazó mucho, don Carlos?"

"—Siento un pato" —les dijo.

"—No nos regala uno, entonces?

"—No puedo señoras".

"—Si será amarrete, don Carlos. Dice que cazó ciento un pato y no nos quiere regalar ni uno".

"—No, señoras, siento un pato que se me escapó chumbiao. Esto es pasto pa'la vaca" —dijo señalando la bolsa.

Don Carlos era interminable.

Una vez estaba de quinielero y le tocó dormir con una cuadrilla del arrozal en un galpón. A eso de la medianoche empezó a decir al oscuro y con voz de dormido: "¡Qué mundo de tararirasl Pa'qué más si son 96 . Es un disparate. Con qué salamos tanto. Ya da hermano, ya da. Con 96 tarariras y 12 bagres'tamos hechos".

Al otro día decía: —"Pero que pasa en este pueblo. Todo el mundo me juega al 96 con el 12".

Otra vez fue al Banco República y pidió para hablar con el gerente. Venía a pedir un crédito para un negocio que pensaba instalar.

"—¿Y su negocio es sólido?" —le preguntó el gerente.

"—Cómo dijo, Señor" —le dice don Carlos.

"—Si su negocio es fuerte".

"—Ah, sí señor, muy juerte, sí; todo asentao en horcones de

coronilla".

El gerente aguantó la risa y le preguntó: "Y qué va a hacer , don Carlos". "Una ramada pa'vender sandia y como todo'ta tan caro, señor".

Pero esa gente murió o se fue. Queda gente buena y se criarán otros iguales a aquellos, pero uno no los conoce. Ni lo mandan pasar cuando uno llega. Solamente a los boliches se puede llegar y eso mismo, cuando usted pide una caña, le dicen: "De la Ancap nomás; de la otra no tenemos", y el Cebollatí si corriera al revés, en vez de agua sería de caña. Y falta el ómnibus de Fabeiro, que es histórico como las boyas de Mileo. A Mileo le preguntaban:

"—Por qué son históricas las boyas?".

"—Podque son de un ibidapitá" —contestaba. Pero eso lo dejamos para otra vez.

A veces voy conversando
con mis soledades y hallo
que los campos de mi tierra,
no son nada más que campos.

El día no deja ver
más que hacienda y campo verde:
Corazón de los milagros,
desespero por no verte.

Por todos lados se ve
extenderse la mañana
y en el silencio redondo
el blanco de las majadas.

Sólo se espanta el silencio
cuando allá de vez en cuando,
de entre las matas de chilcas
sale una perdiz volando.

¡Campos, campos! ¡Flor de campos!
Campos de mi tierra, campos:
si se hallara algún andante,
corazón de los milagros...

Está cayendo una helada mora, pero arde el fuego. Se siente subir la llama por el caño de la cocina...

* * *

Después que nos desparramamos nunca más nos hemos vuelto a juntar. A mí me gusta visitar a mis hermanos y estar con ellos unos días. Las mujeres están casadas, como pobres. Salieron a mi madre, muy trabajadoras. Los varones se fueron. Los dos están en Montevideo.

El pedazo de campo que nos quedó se lo arrendamos a un tío. No quisimos venderlo. Yo tendría que estar ya asentado pero, sin embargo, ando más bien demorándome en la vida. Siempre trabajando, pero también viviendo.

Donde me crié, vamos a decir, fue un tira y afloje con ratos buenos también. Don Rosendo tenía un hijo. Las vacaciones las pasaba en la estancia y me agarró de compañero.

"—Haciendo yunta..." —decía don Rosendo.

Horacio era aficionado a leer y me prestaba libros. Me los comentaba. A veces leíamos juntos. Yo cebaba el mate y escuchaba.

Don Rosendo nos miraba ceñudo. Yo pensaba: "Se enoja porque lee conmigo". Yo me iba haciendo mocito. A Horacio le gustaba recitar a veces, y recitaba. Una vez yo le dije: "¿Y por qué siempre terminás malo?" "Hay que darle fuerza a las palabras" —me contestó.

Aunque eso no me convencía, le acompañaba tocándole milongas, estilos y vidalitas.

Pasábamos muy bien las vacaciones y cuando se iba me mandaba libros y le mandaba decir a doña Abundia que me prestara los que yo quisiera leer. "Horacio anda revolucionando a Zenobio" —decía don Rosendo. Una vez le dijo a un vecino: "Este Zenobio no es completo. Es guitarrero, cantor y poeta, pero le falta ser chupacaña, timbero y enamorado." Carrerista es distinto.

A don Rosendo no le gustaba que los peones salieran los domingos y había inventado una manera de tenerlos atados. "Hay que divertir la vida con salud" —decía, y esa fue la causa por la cual me fui. Resulta que a mitad de la semana se echaba la

tropilla y se sorteaban los caballos para correr el domingo. Se arreglaban condiciones, pesos, distancia y cada peón se hacía cargo de su pingo.

Entre la caballada había un tordillo que tenía su historia. Era un caballo manso, pero de pronto, sin saber por qué, se ponía a bellaquear y no le aguantaba nadie en el lomo.

Cuando venía algún forastero, se trataba de hacérselo montar, pero se empezó a saber el asunto y ya nadie se animaba.

Un lunes, cuando se sortearon los caballos, me tocó el tordillo maldito y no sabiendo qué hacer, dije: "Por mi herencia no va a haber pelea"; le puse el freno y salí rumbo a los trillos. El bandido salió al trotecito y yo cuidándolo... Lo traje, me bajé, lo acaricié y lo largué. Al otro día lo probé bien: Ensayé la suelta. El tordillito era ligero. Y nada de bellaquear. Me bajaba, lo acariciaba, le hablaba y nada de bellaquear. Los otros estaban asombrados y decían, hablando para que yo los oyera:

"—El hombre no ha plantao todavía".

"—Hm, debe'star preparando tierra ricién".

Yo no entraba en esas cachadas y guardaba secretamente la esperanza de que no me volteara y además de hasta poderles ganar.

Y llegó el domingo.

Yo corrí mi terno, que fue el primero y el tordillito se fue chato y ganó sin necesidad de castigarlo.

Y se vino la decisión. El tordillo salió quieto. Yo veía a mi derecha la cabeza de un colorado como por el hombro y al otro no lo veía.

De repente no sé qué pasó: paró en seco y casi me saca por las orejas. Primero le vi el pescuezo cortito y la cabeza entre mis piernas. Después se cimbró y la última vez que vi la tierra estaba lejos allá abajo...

Cuando me desperté, miré a la gente que me rodeaba. Miré el suelo. Vi tres sendas. Una voz de mando decía: "Delen aire, despejen, delen aire." Yo miré todo aquello y dije para desviar la atención de los que me miraban: "Parece que están de pencas por aquí".

Una risotada general se cortó cuando aquella voz dijo: "No ven que está mal el muchacho. Hay que llevarlo al pueblo".

Me trajeron agua; me pude parar, tambaleando y la cabeza

se me partía. Estaba como descoyuntado. Me ofrecieron un caballo y me ayudaron a montar. El hombre viejo insistía en llevarme al pueblo pero yo dije que no, que no me dolía nada, aunque el dolor era muy fuerte. Me acosté y don Rosendo dijo: "No lo dejen dormir".

Al otro día me llevaron al pueblo, porque no se me despejaba. Al fin de una semana reviví del todo y no he sentido nunca más la cabeza.

—¿Pero usted no se acordaba de lo que le había pasado? —le dije yo.

—Mire, al principio era como otra persona. Después me fui recuperando y pude unir todo. Me acordé de la carrera, del tordillo, de la bellaqueada, pero eso fue recién cuando estaba en la cama. Ahí fue donde me junté conmigo. Los otros me ayudaron a recordar riéndose del caso.

"Bala un toro sin cabeza
entre las matas de pajas".
Parece un cuento de bobos
pero este cuento rodaba.

Yo me puse a preguntar:
¿Cómo si es tan toro bala?
¿Le habrá cambiado a la oveja
su mugido en hora mala?

Entonces no habrá mugido
o estará en la oveja brava
o andará suelto en el aire
pobre voz descabezada.

Y después al fin de todo
le pregunté al que contaba:
Con qué parte el pobre toro
en vez de mugir balaba.

Con qué hace ruido ese bicho
de cabeza rebanada.
Juntate cabeza tuya
con tu cuerpo antes de nada.

En el hospital me pusieron junto a un enfermo convaleciente. Era un muchacho bajito, morocho, de bigote negro, conocido por el Nico.

—Ah, el Nico, y ¿usted conoció ese hombre?

—Cómo no, por él yo me fui a trabajar a la arrocera.

"El mundo es un pañuelo"— pensé otra vez y recordé con cariño a ese ser singular:

El Nico tenía un ranchito de una pieza, a la vuelta de la cantera, campo donde jugaba al fútbol la muchachada de la Cruz Alta y de La Floresta y donde después se edificó la Escuela N° 25: "A la orden, en Felipe Carapé sin número", decía siempre. Allí vivía solo y había empezado a trabajar de peón de la construcción con don Juan, quien decía siempre: "¡Qué petizo grande"!

Había aprendido a leer en la escuela del altillo y le habían quedado en la memoria partes del Libro Primero de Lectura —aquel de Zarrilli, Poesía —y cuyo contenido aplicaba en la conversación corriente: "Qué linda siesta si no viene nadie", decía si estaba lloviendo a mediodía. "Lindo campo de cebada. A Cubano se le van los ojos". Cubano era un caballo, pero el Nico aplicaba esta sucesión de frases cuando aparecía en la vereda alguna de las muchachas de doña Ramona.

Cuando veía venir a alguien que no era de su gusto decía: "Una nube ocultó el sol. Ya la vista no es tan bella."

En el rancho se reunían unos cuantos jóvenes de aquella época, quienes aprovechaban para estudiar las horas del trabajo del Nico, porque él les dejaba el rancho. Cuando llegaba cerca del mediodía, decía: "Si hay agua caliente, voy a tomar unos mates mientras pongo la comida. Total el sol todavía no ha pasado por el meridiano." Esto lo había aprendido de escucharlos estudiar al Negro, al Garufa y al Adelcio.

Las tertulias se extendían hasta la madrugada a veces y no faltaba la yerba, algún poco de harina y grasa y alguna otra cosa.

En una de esas entraba el Gallo Domínguez con el violín y le pedía al Nico que cantara —con la intención de reírse —pero el Nico le contestaba:

—Te estoy mirando de rabo de ojo a un costado, sepulcro blanqueado, como dicen las Santas Escrituras.

—Bueno, no te calientes —decía el Gallo —hacemos un dúo

y'stá.

—Un dúo entre todos sí —decía el Nico.

Con el tiempo, y porque era inteligente, se fue transformando en un buen albañil. Cuando se enojaba, decía que éramos "unos zánganos de la colmena social", que no teníamos "conciencia popular de las cosas"; que la vida no era "una mariposa nocturna" y que "él llevaba el brillo dentro de su cabeza y vosotros —decía —lo lleváis en los zapatos".

—¿Vamos o no vamos? Hay que "resolvé el litongo" decía—. "Resolvé el litongo", era tomar una decisión y es la deformación de: disolver el diptongo.

—Esos dragoneos de ojito, no. Hay que resolvé el litongo —decía.

El Nico era interminable. Un día me había dicho:

—¿Vos sabés la verdad de la Cumparsita? ¿La sabés?... No es como te la cuentan, no. Escuchá — y me contaba: Resulta que había un muchacho que vivía solo en un cotorro como este. Todos los días, cuando hacía la comida, chiflaba una tonada. El muchacho era albañil, pero tenía flor de oreja. Seguro que le gustaba en pila, porque la repetía siempre. Pegao al cotorro había una casa de apartamentos y un hombre tocaba todos los días el piano. Un día va el hombre al cotorro y le dice al muchacho: "Vengo a invitarlo a mi casa, que tengo que hablar con usted", y lo llevó, lo convidó con Pernambucana —la mejor caña —y le dice: "¿No me chifla esa tonada que usted chifla todos los días?" El muchacho va y se la chifla y el hombre abre el piano y se pone a sacarla. Le pide que se la chifle dos, tres veces, se pondera y se la escribe,como el Petiso García. El muchacho está contentazo y el hombre le llena el vaso y le da las gracias. Y eso pasó.

Allá un sábado de noche, el muchacho se viste con un traje de "granito negro" y se va al centro a mirar las minas de alto vuelo y entra a un café con orquesta y cantores. Se sienta en una mesa y de repente queda frío. El hombre del apartamento es el que dirige la orquesta y arranca con el tango que él chiflaba.

—Ese tango es mío —le dice al mozo.

—Qué va a ser. Ese tango es del señor que dirige la orquesta.

Y así salió la famosa "Cumparsita". Desde eso el muchacho no chifló más nada pa'que no se lo copiaran. Solamente cuando

se bañaba no podía aguantar y chiflaba un poquito''.

Esto recordaba yo de mi amigo, cuando volví a oír la voz de Zenobio.

...—Resulta que el Nico se pasaba levantando y lo primero que hacía era afeitarse, pero a la hora de la visita se acostaba. Lo visitaba una morocha alta, muy bonita y se ponían a conversar bajito con las manos agarradas. (Yo conocía esa historia, pero dejé que Zenobio la continuara. En ese tiempo yo no estaba en el pago).

''—Me conseguí esta novia de acostao nomás'' —me dijo cuando se fue. Al tercer día la esperó levantado. Me acuerdo que tenía unas alpargatas nuevas descalzas y unos escarpines blancos y no disimulaba las ganas de que llegara la hora. Quedaba gracioso golpeando el talón en el suelo, como bailando un tango, cada vez que pasaba el Petiso García, el bandoneonista más famoso de toda la zona.

A la hora de la visita yo me hice el dormido, no tanto para escuchar, sino para darle oportunidad a la pareja, pero teniendo el cuidado de observarla.

Me pareció que la muchacha se había sorprendido al entrar. A mí me extrañó la desproporción en altura de la pareja. Como la conversación no era muy entusiasta yo pensaba en lo raro de la situación. Ella debería estar más alegre, ya que veía a su novio levantado ya. Cuando terminó la visita, él la acompañó y a la vuelta lo noté tristón y no lo disimulaba. No me había parecido así en los días anteriores. Al segundo día, aunque me dolía la cabeza, me había hecho reír. Yo le había pedido algo para leer y él me había contestado: ''—Ud. sabe que yo leo de noche nomás y eso muy poco por la vista, porque aprendí en la Nocturna''.

Pero como le digo, estaba triste y renegaba solo.

—A las mujeres hay que cortarles las vivezas de seco —me dijo de repente.

Pero por más que vino el enfermero, que era el mismo Petiso (Sixto) García, a conversar con nosotros, él no salió de su tristeza. Y eso que decía que ''—Por culpa de Las ''milongas'' andan atrás del Petiso... pa'que le de inyecciones''.

Pero esa tarde no era el mismo.

Después que se acostó empezó a hablar sobre el amor:

''—Es muy fácil si la mujer te quiere —decía—. Si vos tenés una bombacha blanca y tu mujer le pone un remiendo colorao o pimentón, esa mujer no te quiere; pero si te quiere buscará un remiendito que diga con el color de la bombacha. ¿Comprendés?''.

''—No hay que confundir la cuestión —decía sentencioso— porque la mujer enamorada se alimenta con miguitas y traguitos de agua y la caliente ''todo es alegría, fantasía y placer''.

En fin, estaba disgustado pero no contó nada.

Al otro día, sin embargo, parecía que guardaba su esperanza. Ella vino otra vez, pero con la misma expresión resignada. Salieron y yo me quedé leyendo una revista.

Cuando terminó la hora de la visita, volvió a la sala.

''—El que está empeñado que se funda —dijo —la primera yegua que me patea la carona''.

''—¿Qué le pasó compañero?'' —le dije.

''—Cree que me va a venir con ese tranco azul y esa mirada lenta. Le colgué la galleta a media tarde''.

''—Y por qué —le dije —desembuche si le hace bien''.

''—Mire, desde ayer ''Pepe no va en la fila'' y ''El mono Fifí se mofa'' (lecciones del libro Primero) y yo dije: ''Hoy me hago o me deshago. Cuando salimos ella iba callada y yo le dije: ''—Vamos a aclarar bien las cosas, porque con las piolas enredadas no se remontan cometas; ¿qué pasa? —le dije. Eso fue en la esquina del Altillo. Y ella me salió: ''—Mirá, yo lo siento mucho pero tenemos que terminar estas relaciones''.

''—Güe y eso por qué? —le dije.

Ella se puso a hacer marcas con la punta del zapato en la tierra —señal que estaba mintiendo—: ''—Lo que pasa es que lo nuestro no puede seguir porque en casa no son gustosos de estos amores'' —me dijo y seguía haciendo marcas con el pie, mirando el suelo. Aquello me estaba levantando en el aire.

''—Pero en tu casa qué tienen que decir? —le dije''.

''—Mirá me dijo ella —yo te aprecio mucho, pero a veces uno cree una cosa y es otra. Si te dicen todos los días lo mismo y te reciben de mala cara'' —y seguía haciendo marcas con el pie.

Yo la miraba y veía que me estaba escondiendo la leche y la corté:

''—Dejá esa pata quieta —le grité —y le planté el talón en

el empeine del pie. Pegó un grito y me gritó:

"—No te quiero ver más, petiso cargador, poroto negro", y salió disparando. La iba a arrasar, pero pensé que pa'besarla iba a tener que pedirle la escalera de la UTE a Juan Moreno, y la dejé".

—¡Qué petizo! —me dijo Zenobio —nos hicimos muy amigos.

(Zenobio no había exagerado en el episodio contado).

El se iba a trabajar a lo de un arrocero, don Federico, muy trabajador y original. Me consiguió trabajo en el arrozal y yo me entusiasmé. Allí estuve trabajando duro y estábamos en contacto diario con el Petiso. Una vez fue con don Federico a Treinta y Tres y entraron al café de la plaza. Se sentaron y antes de que llegara, ya don Federico estaba hablando por teléfono y preguntaba si tendría, la casa de maquinaria agrícola que él estaba consultando, tractores disponibles para la venta y habiendo recibido una respuesta afirmativa, don Federico terminaba el diálogo telefónico: "—Bueno, muy bien, mándeme una docena entonces", en el momento en que el mozo llegaba a ver qué se iban a servir.

"—¿Tiene leche? —le preguntó el Nico.

"—Sí" —le contestó el mozo.

"—Bueno, muy bien, tráigame una vaca entonces" —le dijo el Nico y se reían con don Federico, que llegaba a la mesa y entendía el sentido de la respuesta.

Otra vez le hizo una a don Juan, que tuvo que reírse. Le había dado por llegar tarde al trabajo y don Juan no veía la manera de decírselo. Eran unos pocos minutos, pero eran unos minutos cada día. Entonces lo esperó en la obra y cuando el Nico llegó, Don Juan, levantando el puño de la camisa le mostró el reloj diciéndole:

—¿Viste?

"—Pero qué lindo reloj, don Juan, no, no lo había visto" —le contestó el Nico.

El nico era interminable —dijo Zenobio—. En el arrozal pasamos mucho juntos.

El Nico me pedía la guitarra a veces y se ponía a hacer unos bordoneos en el do mayor. Tocando las cuerdas con el pulgar lograba la atención de los oyentes y cuando todos esperaban que

tocara y cantara algo, aunque fuera a media tarde decía: "Bueno, tengo que ponerle el fideo a la comida" y largaba la guitarra, dejando que los oyentes protestaran por la actitud, mientras él gozaba interiormente de esa situación. Y esto era siempre igual. Nunca tocó otra cosa, ni templó siquiera la guitarra, ni cantó jamás.

Yo le hice esto, tratando de usar algunos de sus dichos —dijo Zenobio tomando la guitarra:

Dicho:

Me digo y no me desdigo
desde el cimiento al pretil,
Señores yo soy el Nico
buen cuchara de albañil.

Canto:

Yo me baño en el Yerbal
a mí me gusta el arroyo
con tantas muchachas lindas
el ojo anda de retozo.

Debe quedarse en la orilla
el que no sabe nadar:
Por suerte yo no preciso
de vegigas pa'boyar.

No largue la risa en falso
lo que le digo es bien cierto:
Algunos viven porqué
Dios no cobra pastoreo.

Dicho:

No pega talón rajao
con zapato sin talón;
ni cajetilla bailando
una polca de acordeón.

Canto:

No ando atrás de los que ganan
no soy de oficio adulón
y aunque mi cuero sea corto,
adentro'e mi cuero estoy.

Qué me va a hablar del arroz
como si fuera moñato:
yo lo conozco en la planta
y usted lo ha visto en el plato.

No largue la risa en falso
lo que le digo es bien cierto:
Algunos viven porqué
Dios no cobra pastoreo.

Ahí en el arrozal aprendí que "sanguijuelas y barro, sol y jejenes, / por piernas y cintura, / lomos y sienes" es un infierno. Ahora es distinto. Casi todo se hace a máquina y se emplea poca gente. Antes, la única ventaja que tenía el peón arrocero era que podía juntar las cosas y si no debía en la cantina, se podía mandar mudar. Así pasó conmigo, al final, aunque periódicamente iba a visitar a Doña Abundia y a don Rosendo, que querían que yo volviera. Como doña Abundia sabía mis debilidades me hablaba de los libros, pero yo le pedía algunos y me iba a los pocos días.

* * *

—Pintá por chancho chorizo —decía el Mudo González, una noche de baile.

El Mudo González era timbero de alma y quería saber de antemano, de qué sería aquel chorizo del refuerzo que le alcanzaba el cantinero.

—Pintá por chancho chorizo —y lo orejeaba antes de meterle el diente. Al Colorao le había causado una gracia tal, que se reía por todos los poros y venitas de la cara y le bailaba la cerveza en la panza. Los otros lo miraban hincharse y explotar con los ojos llenos de lágrimas y el Mudo, con la boca llena le decía:

—No pintó Colorao.

Y el Colorao con el pañuelo en la mano se recostaba a la pared y lloraba riendo.

* * *

Desde el día anterior yo había estado ayudando en aquella escuela. Se había matado una vaca y la Comisión estaba trabajando con entusiasmo. Se había clasificado los asados, el espinazo, la pulpa, que sé yo. Unos picaban la carne, otros adobaban la carne para los asados, otros lavaban las tripas para los chorizos; en fin, eso era en el galpón. En los salones y la cocina las damas y maestras preparaban las tortas, los pasteles, las empanadas, los números de la rifas, los boletos, las entradas, etc.

Es lindo ver la gente trabajando en un ambiente de cordialidad, cuando los fines son claros y compartidos.

Había que ver la actividad del Presidente de la Comisión escolar distribuyendo la gente y los trabajos, atencioso y cortés con todos, arremangado, con el cuchillo en la mano y sudando.

—Se portó don Héctor con la vaquita, don Pedro.

—Hm —contestaba éste, como largo comentario de aprobación, ocupado en desatracar la máquina de picar carne. La actividad era general en aquella reunión, cuando llegó el Forastero, medio aindiado, muy alarife y lleno de maneras, al que yo conocía bien, aunque él a mí no.

—Ahí está Petrona con su lavadito —dije para mí, acordándome del dicho del Nico.

El Forastero, muy despejado y suelto, saludó a todos y ponderó una cosa y otra y ya se puso a dar pareceres y a recorrer de un lado para otro llamando la atención. Después apartó al Presidente, como persona importante, mientras en la rueda se aprontaban algunos mates, mientras el puchero de espinazo hervía en una gran olla.

—No nos canta alguna cosa, Zenobio, ahora que nos estamos desentendiendo —me dijo el presidente.

—Ahí está —dijeron los otros.

—Cuando esté más tranquilo —dije yo, en el momento en

que el Forastero arremetía diciéndole al presidente:

—Entonces nos tiramos al pecho. Va dedo y va dedo nomás —y movía el índice de la mano derecha como si estuviera tirando.

El presidente y los demás lo atendían y en ninguna cara se notaba la burla. En la mía tampoco, aunque pensaba: "Si supieran, o tal vez lo supieran, que con un soplido este se va para la noche callada, como dice Pablo".

El Mudo González me lo había contado muy distinto y el Mudo tenía por qué saber: El Forastero había ido a pelear un hombre, muy sereno, y apenas había aparecido en la puerta, le había tirado un tiro y le había errado. Ahí nomás dio vuelta y salió disparando. El otro echó mano y de rabia de verlo tan gallina, le tiró un tiro por las patas, en el momento en que el Forastero iba a saltar un alambrado de púa. Con el jabón y el apuro se enredó en un hilo de alambre y se cayó y se lastimó un garrón.

El otro, al verlo caído, reventaba de risa y le tiró otro tiro y, amigo, salió con el garrón pelado saltando chacras".

Y ahora decía:

—Y nos tiramos al pecho. Va dedo y va dedo nomás.

Me fui por no reírme. Me fui al salón.

* * *

Y ahora, justo el Colorado, decía:

—Entonces no pintó, Mudo.

—No —decía el Mudo y el Colorao explotaba otra vez y ahora todos los demás también.

Y el Forastero entró en ese momento y dijo:

—Dos choricitos, por favor.

La gente redobló la risa y el Forastero encaró con el Mudo:

—Qué pasa —le dijo.

—Alambrao de púa —le dijo el Mudo y el Colorao, que había dejado de reírse un momento, volvió a estallar.

—El qué, —dijo el Forastero y el Mudo, muy alma negra, le dijo:

—Alambrao de púa, no pasa nada caballero.

El Forastero se fue a quejar a la maestra.

—Y estuvo bien la reunión, Zenobio?

—Cómo no, sacante ese balaquero, estuvo muy bien. Todo con mucha armonía.

—Pero usted no les cantó.

—Sí, les canté una canción que había hecho para nosotros y que ellos no conocían.

—¿Cantó esa noche?

—Se la canté de mañana, cuando el Forastero se fue para el salón.

Zenobio templó cuidadosamente y cantó:

Caballos de cascos blandos
y de vasos desplayaos
de andar por los cangrejales
y el barro de los bañaos.

Desperdigadas las islas
de blanquillo o de arrayán
y los montes de eucaliptus
cortando la inmensidad.

El hombre de bota'e goma
y el gurí más natural.

Son campos para el vacuno
pero duros pa'l lanar,
campos entre los Corrales,
Cebollatí y Olimar.

Y cuando manda reflejos
el verano volador:
son campos de mirar lejos,
con horizontes de arroz.

Y el hombre de bota'e goma
y el gurí más natural

—¿Cómo se llama esa canción?

—Yo le puse SEPTIMA DE TREINTA Y TRES, porque es llanita y desabrigada.

* * *

Cuando me fui al Cebollatí conocí a don Cipriano, el botero. A don Cipriano le gustaba oír la guitarra, pero más contar historias. "Historias de la Historia" —decía don Cipriano.

Eran historias absurdas, donde se mezclaban los personajes históricos (Colón, Francisco del Puerto, Solís, Lavalleja) y los literarios (Tabaré, Blanca) que seguramente había oído alguna vez y que adquirían en su cabeza una vida propia y descabellada, que él había madurado viendo la laguna Merim y andando por los montes espesos y las playas solitarias.

La gente le oía de boca abierta y era lindo verle aquellos cachetes colorados de tomar caña de barril y aquellas manos de dedos mochos y cuarteados haciendo ademanes.

Me contó, una nochecita, los trabajos de Colón y las dificultades que tuvo en este país para poder descubrir América. Fue "un cuento con ramificaciones", como decía Salvador.

Las palabras le resonaban en la boca como en una cueva roja y empezaba su larga historia:

"—Resulta que don Cristóbal andaba por descubrir la América. Se le había puesto en la cabeza que la tierra era redonda y de ahí no lo sacaba nadie. El hombre hablaba con unos y con otros queriéndolos convencer, pero todos decían que estaba loco.

Andaba de corte en corte, visitando reyes y emperadores, explicándoles sus proyectos, pero nadie le creía. Y él pa'convencerlos les decía: "Si yo salgo pa'este lao, como la tierra es redonda" —y a falta de otro recurso, don Cipriano alzaba el mate y señalaba con el dedo —"yo puedo llegar aquí, tanto si salgo por aquí, como si salgo por este otro lao".

"Pa'mi —decía don Cristóbal— que las tales especias están mucho más cerca por este lao, que por este otro" —y don Cristóbal sacaba cuentas claras, pero los reyes no le daban pelota.

Así anduvo hasta que fue a ver a la Reina Isabel, que era una mujer muy buena y ayudadora y don Cristóbal le explicó todo bien detallao. La reina le dijo: "Mire don Cristóbal, yo con mucho gusto lo "quedría" ayudar, pero usted sabrá que en este momento me encuentra sin plata".

Doña Isabel le explicó que ella era muy católica y que había

empeñao hasta el último peso pa'ver si podía terminar con los moros. Pero que siempre había moros en la costa. Y ahí quedó el dicho.

"Qué lástima doña Isabel", le dijo don Cristóbal y se despidió de la reina, muy triste.

La pobre reina se quedó muy triste también, pero un "redepente" se acordó y le pegó el grito a don Cristóbal que ya estaba por cerrar la puerta. "Venga don Cristóbal, venga; me acordé. Tome estos collares y estas pulseras y estos anillos y vea si puede empeñarlos".

A don Cristóbal se le llenaron los ojos de lágrimas. Y con lágrimas en los ojos va y se hinca y le besa la mano.

"Muchas gracias Reina Isabel. Voy a comprarme tres carabelas: La Pinta, la Niña y la Santa María", le dijo don Cristóbal.

Y salió muy contento por esas tierras extrañas.

Iba pensando en cómo descubrir la América, cuando divisa allá a lo lejos un boliche de campaña y dice: "Voy a llegar por las dudas, quien sabe no consigo algún dato".

Cuando se arrimó vio abajo de unos transparentes machazos unos cuantos paisanos jugando a la taba.

Ató el burrito en el palenque y entró al boliche.

"Güenas señores", saludó.

"Güenas amigo", le dijo el pulpero. "¿En qué puedo servirle?"

"No me serviría una cañita de barril?"

El bolichero lo miró desconfiado y entonces don Cristóbal va y le dice: "No tenga cuidao conmigo. Sírvame nomás si tiene. No crea que soy cura o cosa que lo valga. Yo soy Cristóbal Colón, un servidor".

El pulpero abrió tamaños ojos y le dijo: "Mucho gusto" y sacó una botella de abajo del mostrador y le sirvió un vasito, diciéndole: "Mire, esta caña no es muy buena, don Cristóbal, pero yo la vendo como me la vendieron. Con el asunto de la revolución la cosa andá medio brava".

Don Cristóbal tomó un trago y le dijo: "No está mala la brasilera".

Miró al otro hombre parado junto al mostrador y le pareció que lo había visto antes, miró al bolichero, miró pa'fuera.

Era linda la mañana y se veían unas sierras grandes, pedregosas, por la ventana enrejada, y preguntó que qué sierras eran aquellas.

"Son las sierras de la Mariscala, don Cristóbal", le contestó el bolichero.

"¿Cuánto me quedará el mar?"

"Mire, el que puede saber exacto es este hombre, que es don Juan Antonio Lavalleja.

"¿Don Juan Antonio Lavalleja? Mucho gusto. Con razón le hallaba cara conocida. Ahora caigo que yo lo he visto en el retrato de los Treinta y Tres Orientales.

"Mucho gusto", dijo Don Juan Antonio, que era medio secote.

"Miré, dijo don Cristóbal —parece mentira, pero usted es el hombre que me puede ayudar. Resulta que la reina Isabel me regaló estas joyas pa'descubrir la América y me encuentro algo perdido.

"¿En qué estriba?", le dijo don Juan Antonio.

"Mire, don Juan Antonio; en el mar yo soy un jefe, pero en la tierra soy una vaca, hablando campechanamente. Tengo que llegar a un puerto pa' comprar tres carabelas y enseguida largarme a descubrir la América".

"Eso es muy fácil, amigo" —le dijo don Juan Antonio—. "Usted agarra ese rumbo —y señaló con el brazo igualito como en el cuadro agarra la bandera— y va a dar con el mar. Allí se embarca y sigue siempre al oeste y va a dar con la América".

"No, eso yo sé, don Juan Antonio. El asunto es la distancia y el rumbo en estas serranías."

"Y calculele unas treinta leguas pasaditas".

Don Cristóbal se volcó la cañita, compró unas galletas y un poco de fiambre, agradeció y salió al trotecito.

—Y eso fueron algunos de los trabajos que pasó —Según don Cipriano— para descubrir América, —dijo Zenobio. (Desde que Zenobio empezó el cuento me había estado acordando del gran maestro don Agustín Ferreiro, quien en su libro: LA ENSEÑANZA PRIMARIA EN EL MEDIO RURAL, habla de la importancia didáctica de los **juicios erróneos**, de proponerle a los niños ciertos juicios erróneos, para evaluar sus conocimientos en esos temas. Me hubiera gustado que Don Agustín hubiera escuchado este cuento).

—¿Y cómo sigue —le dije.

—Bueno, a don Cipriano le gustaba variar los detalles de sus cuentos, tal vez para sorprender a aquellos mismos que se lo pedían otra vez.

—Igual que Rabellino. —¿El pintor? Mismo. Bueno, don Cipriano decía, a veces, que Juan Antonio lavalleja lo había quedado mirando y el bolichero le había comentado: "Con esa cara de mujer, pa'mi que no descubre nada ese".

"Pero ta visto —decía don Cipriano —que el hombre era porfiado y sismaba con aquello. Pájaro de mar, en tierra andaba como maniao por aquellas serranías, cuando vio venir una indiada al galope.

Ahí sí que don Cristóbal se creyó perdido.

La indiada paró en seco y uno de ellos, más blanco que los otros, lo enfrentó y le dijo: "Qué anda haciendo paisano, por estos campos perdido?"

"Aquí ando buscando el mar —le dijo don Cristóbal —¿Y por qué semos paisanos?"

"A lo visto usted es español —le dijo el jefe con mucha urbanidad —y yo también".

"¿Cómo?", le dijo don Cristóbal.

"Sí, yo soy Francisco del Puerto y usted se puede saber quien es?

"Cómo no amigo; yo soy Cristóbal Colón".

Ahí nomás se tiraron al suelo y Francisco del Puerto le dijo: "Un servidor, señor", y mandó a la indiada que enlazaran un animal bien gordo pa'asar con cuero y ellos se fueron a hacer campamento en un montecito raleón y se sentaron en unas piedras a conversar.

"Y ¿qué anda haciendo don Cristóbal?—" —le dijo Francisco del Puerto.

"Y lo mismo pregunto yo", le dijo Don Cristóbal.

Y ahí don Cristóbal le contó en lo que andaba y el otro lo escuchaba muy atento, mirando unos reflejos plateados en una cordillera de piedras que había a su mano derecha, que debían de ser de mica nomás y le dijo al fin que no valía la pena en lo que andaba gastando la salud, que por aquí no había nada; que ellos no habían hallado nada en el río de la Plata; que no sabía a

quien se le había ocurrido ponerle ese nombre pa'hacer perder gente y que fue la desgracia de su patrón Juan Díaz de Solís, que por culpa de ese nombre se había bajado a cambiar espejitos por plata y que le había matao la indiada heroicamente, y también por culpa de andar vestido de fierro que quedaba muy pesado pa'combatir y que por eso él ahora había largado todo aquello y que solo conservaba una medallita pa'recuerdo y que eso lo había curao de un catarro perro que lo tenía desde gurí y que ahora comía y dormía a pata suelta y que por eso se había declarao libre de cualquier rey del universo y había salido rumbo a Santa Catalina. Que esa indiada lo había seguido y que él ahora no daba vuelta pa'atrás".

"Vamos con nosotros Don Cristóbal. Nosotros le conseguimos una tijera de esquilar y le hacemos una lanza y no precisamos más. Largamos ese burrito que todo el mundo se ríe de los que andan en burro y más aquí, la patria del caballo. Total, que aprender brasilero es fácil, que sería la única contra después de todo digo yo", dijo Francisco del Puerto.

A lo que comieron y sestearon, en vista de que don Cristóbal no daba marcha atrás, Francisco del Puerto le mandó ensillar el burrito y levantaron campamento. Cada cual se fue por su camino.

Francisco del Puerto le había ofrecido un baqueano, que era un indio tirando a blanco, pa'que lo acompañara. Era un indiecito medio tristón pero don Cristóbal le tomó confianza enseguida porque el indio se persignaba por cualquier cosa y era muy cumplido. Cuando se hizo la noche, el indiecito, que había hecho fuego y asado una paleta, se fue pa'una islita de ceibos y empezó a entonar dulces cánticos.

A don Cristóbal le picó aquello: "Vaya a saber que embuchao tiene ese indio".

Cuando salió la luna, lo vio andar vagando como pensativo por la arboleda. Don Cristóbal lo espiaba haciendo como que dormía, pero el indio no se arrimaba. Andaba como ido. Don Cristóbal no pegó el ojo en toda la noche. Al aclarar, el indio hizo fuego y le cebó unos mates y enseguida partieron.

Cuando salió el sol, les dio en la espalda y don Cristóbal se dio cuenta que no podía ser aquello.

"¿Pa'donde vamos amigo?", le dijo don Cristóbal.

"Vamos para el Uruguay", le contestó el indiecito.

"¿Hay mar ahí?", le preguntó don Cristóbal.

"No, señor; pero queda cerquita".

"¿Y se podrá conseguir algún medio pa'embarcar?".

"Bueno, justamente. Vamos un poco más arriba en el mapa de donde lo mataron a don Juan Díaz de Solís".

A don Cristóbal no le gustó mucho aquello, pero qué iba a hacer si él tenía que descubrir la América de cualquier forma.

"¿Y usted piensa que allí hallaré lo que busco?

"Mire, lo que yo sé es que va a venir un hombre en un barco a establecerse en San Salvador y no puede venir por otro lado".

"¿Y hay seguridad de eso?".

"Mire, eso está escrito en la historia".

"Siendo así, no digo nada", dijo don Cristóbal.

"Y en ese barco usted se va, porque en fija se va a volver de vacío", le dijo el indio.

Y así marcharon hasta encontrar los grandes montes del Uruguay.

Cuando llegaron encontraron indios que les hacían señas. Ellos se arrimaron y los indios les contaron que había noticias que venía río arriba una carabela con muchos españoles.

A don Cristóbal se le alegró la vista con aquel dato y el indio se puso como loco, preguntando si no venía alguna mujer también.

Le dijeron que no sabían nada, que lo que tenían que hacer era esperar en orden por las dudas.

Llegó la noche y la indiada hizo fuego y cantaron:

Llora, llora urutaú,
en las ramas del yatay
ya no existe el Paraguay,
donde nací como tú...

y a los dolientes cánticos, el indiecito se fue apartando pa'un escampao de luna y estuvo mucho tiempo caminando en redondo y a lo lejos.

"Pa'mí que a ese indio lo ha tomao la luna", decía don Cristóbal, que no estaba con todas, porque los indios lloraban como

una Magdalena. Pero después de llorar en regla, se calmaron y se durmieron y don Cristóbal se durmió también.

—Don Cipriano era interminable. También tenía historias de Hitler, de Mussolini, de Stalin, que sé yo, como si fueran estancieros y compadres, que se visitaban y hablaban de sus asuntos, de sus campos y negocios.

—Y esa historia terminó? Por qué no la sigue?

—Bueno, si es su gusto:

"Al otro día, en cuanto aclaró, los indios se fueron a esconder al monte y vieron venir a lo lejos una carabela que se venía viniendo en forma reservada. Los indios se fueron corriendo hasta enfrentarla, gateando por entre las uñas de gato y los cañaverales; y el indiecito y don Cristóbal también. El pollerón de don Cristóbal le quedó a la miseria lleno de sietes de las espinas.

La carabela siguió hasta hallar un lugar aparente y se arrimó a la orilla donde había una gran playa. Y empezaron a desembarcar y eso fue el año 25 —dijo don Cipriano.

La indiada quiso atropellar, pero don Cristóbal y el indiecito les dijeron que no; que más vale maña que fuerza, que aquellos hombres no eran malos. Por último les dijeron que los dejaran a ellos ir a conversar. Yamandú y Abayubá, que eran los jefes dijeron que bueno, pero que tuvieran bien escrito que ellos estaban dispuestos a libertar la patria, pero que ahora fueran...

Y allí fueron Don Cristóbal, que se abrazó con el jefe y le presentó al indiecito. El indiecito, que se persignaba, quedó hecho un borrego loco cuando vio a la mujer de sus sueños. No le sacaba los ojos de arriba y don Cristóbal le hacía señas que disimulara.

Y allí empezaron a bajar las cosas y don Cristóbal le dijo al indiecito que le dijera a Yamandú y a Abayubá que trajeran la gente pa'ayudar. El indiecito les hizo señas a sus hermanos y estos salieron del cañaveral con la lanza en la mano y golpeándose la boca como salvajes. El indiecito les dijo que aquellos eran hombres buenos y serviciales, que venían a poblar aquellos campos en nombre de la paz, que si traían armas era por las fieras que les habían dicho que había por aquellos lugares. Bueno, en fin, Yamandú y Abayubá aunque estaban de lomo duro, se aguantaron por no hacer un desastre al ñudo y mandaron a ayudar a los compañeros a bajar todo el balijerío. Entre todos fue

una pasada. Don Cristóbal saltaba de contento y conversaba con un cura que le hacía "Cómo no" con la cabeza.

Cuando el trabajo quedó terminado, el Jefe le preguntó a los indios donde podían establecerse con propiedad y los indios le dijeron que ellos mismos los iban a llevar a un lugar especial.

Allí don Cristóbal se despidió del indiecito porque había agarrado enganche y así pudo embarcarse. Así fue que Cristóbal Colón pudo llegar a lejanas tierras para conseguir las carabelas, según don Cipriano —dijo Zenobio.

—¿Y el indiecito qué se hizo?

—Bueno, don Cipriano decía que en cuanto se embarcó Colón y los demás lo saludaban con el pañuelo, Colón les gritó: "Me voy pero volveré". En seguida de las cortesías el jefe español mandó a los suyos y los indios ayudaron a cargar las cosas y caminando con ellas al hombro llegaron a las barrancas de un río. Allí se instalaron y empezaron a hacer sus ranchos. Los indios les ayudaban a cortar terrón y a cortar paja y a montear para hacer las poblaciones hasta que las rodearon de un cerco de palo a pique.

El lugar era memorable: Buena agua, buena pesca, leña con despeje y animales en cantidad para cazar.

Enseguida empezaron a arar pa'hacer chacras y prevenidos como eran habían traído los almácigos de boñatos en cajones grandes y se cascaron a plantar maíz en aquellas tierras nuevas que daba gusto. Y empezó todo el mundo a trabajar. Y los indios miraban aquello con recelo y parece que no les gustó.

A los pocos días tuvo instalado todo: casas, galpones, chiqueros, chacras, y hasta quintas de verduras.

Las mujeres, aunque eran muy reservadas, tenían que ir a lavar al río. Parece que al jefe Yamandú, se le hacía agua la boca o sea que quedaba de saliva espesa por aquella que el indiecito había visto el primer día. Ahora ella, ni cuenta se daba de las intenciones del indio. Ella ni lo miraba ni le daba juego y sólo miraba el suelo, que era la costumbre de aquellas épocas. Pero eso sí, se había dado cuenta del enamoramiento del otro indiecito más gente, que le había presentao don Cristóbal. Así pasaban los días y el indiecito ni comía ni dormía y se estaba poniendo flaco y ojeroso. Pa'mejor le daba por entonar dulces cánticos entre los ceibos. Una vez el jefe de los españoles, que también se daba cuenta de la "rarez" del indio, le dijo a la mujer que se cuidara.

Pero ella no le tenía miedo a él, porque era muy cumplido, muy creyente y muy bien hablado.

Daban lástima los suspiros que se perdían en las arboledas y aquello no tenía acabamiento, hasta que un día de noche la indiada se reunió y tramaron un malón al caserío. La cosa era bien clara. El jefe de la indiada quería matar a todos y llevarse la mujer. Esperaron una noche bien oscura y que la gente estuviera dormida y cayeron de soco.

Entre el humo y el griterío, los hombres no se podían poner las botas ni calzar las espuelas. Y cuando pudieron organizarse, aquello era una fogata innumerable y un tendal de muertos imponente.

Los indios mataron y robaron todo lo que pudieron y Yamandú cazó la mujer y huyó pa'l monte con la carne pa'l gancho. El la quería llevar bien lejos pa'estar tranquilo y corría con ella alzada. Iba como ciego, sin darse cuenta que el indiecito le había visto y lo seguía pa'quitársela. Allá cuando no pudo más y la dejó en el suelo pa'resollar un ratito, el otro le cayó arriba y lo mató de calle. Entonces la agarró en los brazos y enderezó con ella al caserío pa'entregarla.

Anduvo mucho tiempo con la virgen colgada en el pescuezo, deseando llegar pa'entregarla sana y salva. Los españoles que habían quedado vivos salieron a perseguir a los indios, pero era como payar con Vega. Al único que encontraron fue al indiecito con la mujer en los brazos y creyeron que había sido el ladrón. Como la mujer iba mirando pa'atrás no pudo ver cuando saltó el jefe español y le hundió la espada allá en él a esta altura. Cuando el indio cayó, recién la pobre se dio cuenta y se puso a llorar y contó todo, pero el pobre indiecito, murió sin un quejido, como mueren los pumas. Y ahí termina la triste historia de un pobre indio como no hay otro —decía don Cipriano el botero.

—Se pasó, Zenobio, se pasó...

* * *

—Vamos a servirnos.

—Gracias. Es lindo de vez en cuando comer un asadito de vaca —dijo Zenobio.

—Ah, sí —dije yo —la carne de oveja aburre.

—No, la que aburre es la de vaca.

—Usted sabe que eso se lo he oído decir a muchas personas.

—Y es la pura verdad.

—Es raro, ¿no?

—¿Cómo raro? Si nosotros no estamos acostumbrados a la carne de vaca. Si sólo la probamos a la entrada del invierno, cuando hacemos la faena o en alguna fiesta. Los que comen diariamente la carne vacuna son los del pueblo. Las vacas mueren en el pueblo y a veces vuelven, como ésta, a la campaña —dijo Zenobio.

—Es muy común, Zenobio, que la gente de la ciudad tenga ideas equivocadas sobre cuestiones del campo.

—Ah sí; en este asunto sencillo nomás. Usted ve que la carne que consumimos es la de oveja. Desde que nacemos comemos esa carne. Y ¿Por qué? Porque la oveja es un animal chico. No se precisa salarla más que en verano casi y por lo tanto se tiene carne natural casi todos los días. El asado no es cosa de todos los días tampoco. Se hace más bien fuera de las casas, tropeando, monteando, alambrando o en las casas, cuando recién se carnea. En la casa es el guiso. Todos nos hemos criado comiendo guisos con carne de oveja. Algunos guisos con fideo y carne nomás; otros con boniatos, zapallos, papas, choclos. Unos más secos con arroz, otros más calduditos, pero siempre con carne de oveja. Todos nos hemos criado así. Habrá alguno que no le guste la carne de oveja y que diga: "¿Comer carne de oveja yo? Ni loco. ¡Qué alimento va a tener un bicho tan ruin!" Pero son pocas esas personas.

—Pero antes se comían vacas.

—Ah, sí, antes, cuando las estancias eran distintas. Cuando vivía mucha gente en ellas. Pero ahora que no tienen ni personal a veces... Antes una estancia era un cantidad grande de personas. Ahora una estancia con mucha gente es una rareza. Y si existe, dicen que es una estancia a la antigua. Antes era más práctico voltear una vaca que carnear ovejas.

—Entonces podemos decir que la transformación de la estancia antigua en establecimiento moderno, trajo como consecuencia el cambio de carne en la alimentación...

—Claro, como no. Porque en lugar de haber veinte o más personas en la mesa ahora hay sólo una familia y si se matara

una vaca la mayor parte del tiempo se estaría comiendo charque, con el trabajo además de charquear y de salar. Voltear vacas. Voltear vacas para comer asados es cuestión de elecciones o de tiempos de guerra.

—O de fiestas de escuela...

—Sí, claro; se fueron aquellos tiempos de guerra en campaña, en las cuales se hacían cosas increíbles, como lo que le hicieron a don Tolentino por el hastío de la carne asada de vaca.

(Como yo lo miraba sin entender, Zenobio aclaró):

—Por esa causa lo fundieron los blancos a don Tolentino.

—No había oído el caso —le dije, presintiendo que la conversación tomaría otro rumbo.

—Pues al ejército blanco se le antojó cambiar los costillares por otro manjar y agarraron el ganado de don Tolentino. No le mataron ningún animal, pero le cortaron la lengua a todos.

—Eh, Zenobio; se le corrió el pilón.

—No, no; él contaba eso y era hombre de respeto don Tolentino, muy colorado, eso sí. El decía que el ejército blanco venía pasado de la carne asada y decidió cambiar. Que él no pudo llegar a tiempo para evitar semejante atropello. Los sobrinos de don Tolentino le pedían que hiciera cuentos de la guerra y se empezaban a reír y a contradecirlo.

"—Mire tío Tolentino —le decía el Negro —yo le voy a explicar como eran las guerras de antes".

"—No, no; qué vas a saber tú" —decía don Tolentino, que era de Rocha.

"—Déjeme que le explique".

"—No, tú dices eso porque no estuviste, qué vas a saber que es la guerra, muchacho".

"—Bueno, escuche, tío".

"—Bueno, te voy a escuchar para que tu hermano juzgue tu ignorancia".

"—Mire tío; a mi me contaron que los ejércitos salían uno por un lado y otro por otro. El más grande perseguía al más chico y así andaban. El ejército blanco llegaba a una estancia y preguntaba:

"—¿Cuánto hace que pasó el ejército colorado?

"—Hace tres días" —le contestaban.

Entonces el jefe decía; "—En marcha; al galope. Se nos han

ido lejos esos flojos y hay que alcanzarlos". Llegaban a otra estancia y preguntaban:

"—¿Cuánto hace que pasó el ejército colorado?"

"—Pasó esta mañana".

"—¿Era grande?"

"—Como este, más o menos".

"—Bueno —decía el jefe— a desensillar y a carnear. Tenemos que estar descansao pa'presentarles batalla".

Y ahí acampaban hasta que el otro ejército se distanciaba un poco. Después el jefe mandaba ensillar y perseguir.

De repente llegaban a una estancia y preguntaban si hacía tiempo que había pasado el otro ejército.

"—Pasó ayer —le contestaban —Acampó del otro lao del paso".

"—¿Es grande?"

"—Es grande y esperan la gente del Comandante Sirino. Dicen que allí los van a esperar".

"—¿Será verdad?"

"—Ellos dicen eso".

Entonces el jefe ordenaba:

"—Vamos a acampar y a esperar refuerzos. Desensillen y carneen".

De repente venía un chasque a media rienda con la noticia:

"—El enemigo se movió pa'acá. Le manda decir su compadre, que no sea loco y vaya a hacer matar la gente de gusto".

"—Pa' —decía el jefe —si nos agarran se van a reír de nosotros. Ensillen y en buena formación vamos a retirarnos a la cuchilla. Así vemos bien los movimientos del enemigo. Al coronar la cuchilla nos dividimos, así creen que les vamos a tender una emboscada y dejamos un piquete a la vista. En seguida nos juntamos y los esperamos y si se nos vienen al humo vamos a tener que pelear. Pa'eso vinimos y no vamos a negar la sangre".

El tío Tolentino se enojaba con el Negro, que no respetaba las canas. El Gordo le decía que no hiciera caso, que era por embromarlo y por verlo malo; que ellos eran blancos. Le traían caña con durazno y enseguida el tío Tolentino se olvidaba y quedaba contentísimo.

—Pero la gente peleaba, Zenobio.

—Seguro que peleaba.

Algún teru-tero a lo lejos hacía que la noche no estuviera tan sola...

* * *

Y vino el canto desde lejos, con otro tema:

Como la noche se mueve
hamacada por el viento...
Viene por entre las sombras,
yo no sé pero la veo...

Muchas veces vuela cerca
toda misterio y suspiro
y poderosa me canta
un canto desconocido.

Pero chiquita, misteriosamente...
"Nunca nos bañamos dos veces
en el mismo río".

Como la noche se mueve
hamacada por el viento
su quiero llegar a veces
se le hace un repecho negro.

En algún rumor lejano
me parecen sus lamentos,
vagando mía perdida
hecha una nada en el viento.

Trae siempre un soplo de luz no usada...
"Nunca nos bañamos dos veces
en el mismo río".

Zenobio en silencio —volvía sobre su canción, sin desenredarse de "un canto desconocido".

—Se puso trascendente. ¿De dónde sacó eso?

—¿El qué? Bueno, yo leí esa frase antigua y empecé a ver mil cosas de ese modo. Es profunda esa frase. Hasta ella cambia.

* * *

—Pero a veces me parece que también lo profundo permanece. Cambia lo exterior, lo de afuera, pero lo que es único y eterno, como el paisano por ejemplo, para el que cambian muchas cosas, pero no la soledad, ni la voluntad de andar jinete en un sueño, ni la necesidad de hallar un amigo invariable y ese ritmo de las cosas que son tal vez la esencia. "Atrás de la puerta" está el paisano eterno, me parece.

El la menor sonaba en una milonga y se alzó la voz de Zenobio cantando:

El paisano ahora
lleva gamulán,
sombrero tejano
y ajusta un blue jean;
mocasín al tono,
melena y collar,
pero un mate ronda por su soledad.

Va oyendo Los Beatles,
Los Rolling Stones,
y hasta el brete lleva
una transistor;
y ya toma whisky
y es buen catador,
pero oye un relincho llamarlo y montó.

Sabe de manejos: dosis, balneación;
praderas y silo, fertilización,
de empotreramientos, de fósforo y cal,
pero como amigo mira el pajonal.

Seguro que ahora tropea en camión,
seguro que ahora no le gusta armar,
pero no confunda porque el corazón,
si oye una milonga ya se desmandó
y respira su aire y olvida el gas-oil.

* * *

Pueblo de las Muñecas; ¡si me acordaré!

Allí lo lindo es urco, lo grande es urco, lo bueno es urco, lo desmedido es urco. Un bayano urco, un "peludo" urco, un camión urco; hasta los truenos son urcos.

Lo feo es vagabundo, lo triste es vagabundo, lo pobre, lo viejo es vagabundo.

Un baile vagabundo, una mujer vagabunda, una vaca flaca es una vaca vagabunda, un rancho viejo es un rancho vagabundo. Y el Tacuarí es un río urco.

Una vez estaba en el boliche y llegaron unos "exportados". Venían con unos albañiles de Treinta y Tres. Pidieron cerveza. Se veía que andaban de fiesta. Levantaron bebidas.

—Aquí tienen un guitarrero —dijo el bolichero, y me guiñaba el ojo. Se les iluminó la vista, y enderezaron como el borracho que ve una luz en medio de los campos. Usted sabe que el borracho es como la barboleta: Donde se ve luz, endereza.

—Vamos compañero —me dijeron. No me pude negar.

Se armó el tal baile urco. Desordenado que daba gusto.

Un gordo saltaba metiendo barullo al golpear en el piso de tabla. Y levantaba los brazos como haciendo músculo y gritaba:

—Yo quiero ser actor, yo quiero ser actor.

En medio del barullo general no se entendía bien. Por otra parte, cada cual gritaba algo distinto. De repente el gordo desapareció.

—¿Quién es ese gordo?" —le pregunté a Norberto, que era uno de los albañiles.

—Yo que sé; un gordo de Montevideo, como caldo de habas —me contestó.

Cuando volvió, venía increíblemente de calzoncillos de punto.

—Vieron —dijo, y saltaba haciendo músculo y gritando —hiujú.

Después se supo que había atravesado el pueblo de las Muñecas así, desde el comercio de ramos generales, donde lo había comprado, hasta lo de doña Muñequita que estaba en la otra punta, seguido de diez o doce muchachos.

El gordo tiraba caramelos y bailaba solo mientras que los gurises se tiraban al suelo tratando de juntarlos.

Norberto, que estaba medio pintón, me decía:

—Y yo que creía que ser actor era cosa muy importante.

Al pobre gordo le tendieron, al fin, cama bajo una cina-cina y amaneció blanco de helada. Adentro "rolaba" el salchichón y la cerveza y la caña de barril, con las galletitas Numancia y un vermut pegajoso que las mujeres tomaban escondiéndose en el cuarto. Unas salían y otras entraban y el Sargento no daba lugar a cuestiones, tomando en silencio su cañita brasilera. La cosa siguió toda la noche y ya con el sol en la puerta me tocó y canté nomás FLOR DEL MONTE:

Hoy amaneció la luna,
tiritando amaneció,
mirando por las rendijas
porque nadie la invitó.

Y el aire está como alambre
y el sol está en un temblor
y tienen ganas que alguno
los convide al pericón.

El diablo no está dormido,
morocha aunque amaneció
y en tu mirada bailando
me está dando la razón:
Flor del monte, flor del monte,
flor del monte, floración.

El aire se ha vuelto lerdo
entre el polvo de cupí
y se duerme en las miradas
con el humo y el hollín.

El patrón abrió la puerta
por buscar respiración
y la luna cayó adentro
abrazada con el sol.

Pericón te estoy sintiendo,
que vas entrando en calor...

Pericón que el sol se ha puesto
con la luna en relación.
Flor del monte, flor del monte,
flor del monte, floración.

—Ese cantor sabe más que un cura— decía el dueño de casa.

—¿Y qué sabe usted si un cura sabe tanto? —le dijo Norberto, que tenía a su compañera en una mano y una cerveza en la otra.

—No, y todo lo que le cuentan los que se confiesan?''

A mediodía no pude aguantar más y me fui a tender cama en el monte.

Y aquello siguió. Urco. ¡Pueblo de las Muñecas!

***

—¿Alguna vez fue a Montevideo? —le pregunté un día.

—Fui una vez, pero me tuve que venir.

—¿No le gustó, tal vez?

—Mire, tuve que venirme por no quedar mal con él.

—¿Con Montevideo?

—Sí, y eso que mi hermano quería que me quedara a trabajar, pero a mí no me gustaba. Al último me dijo:

—Mirá, lo que hay es muy poco, pero yo te voy a colocar.

Y era un puesto para cobrar, puerta a puerta, no sé qué cosas. Ahí sí, me acordé del Pirú Salcedo y le dije:

—Pero vos creés que yo voy a morir con las patas llenas de callos...

—Y con la cabeza intacta?

—Ah usted lo sabía. Flor de alverja el Pirú.

—¿Y?

—Le dije:

—No, me voy—. Mi hermano no se conformaba.

—¿Y alguna otra cosa?

—No, no podía de ninguna manera. Un día se me hizo clara la causa. Yo iba sentado en un ómnibus que después se llenó. Las conversaciones me revelaban lo diferente de los mundos nuestros. Estaban locos con el presupuesto, con los sueldos, con la carestía, con los alquileres, con el dólar, con el horario,

con el tránsito, con los empleos, con el gobierno. ¿Usted ha visto esos pelotones de hormigas que flotan en el agua, dejándose llevar por la corriente cuando ha crecido? Esas bolas compactas que van a la deriva en el agua lenta y donde cada hormiga, prendida de las patas se sujeta en las otras? Parece que van discutiendo sus problemas, que han de ser los que surgen del amontonamiento, (lugar, pisotones codazos y mordiscos), ciegas a lo que les rodea y a lo que está debajo de ellas. Es impresionante ver esas bolas en las aguas de los pajonales. Algo de eso sentí por Montevideo. Porque me parece que no ve ese otro mundo de tierra, de soledad que lo sostiene.

—Eso es una realidad compleja, no tan esquemática, Zenobio.

—Bueno, pero yo tengo un pariente que es coloso. El hombre del Papel, le dicen mis hermanos. Está empleado en una oficina para hacer las citaciones.

—Vos cres que es fácil la cosa —me dice—. Hay que hacerles firmar uno por uno. Ir dos, tres, cuatro veces, porque tengo que presentar las firmas. A veces llego y pregunto por el dueño de casa y espere usted. Después tengo que fijarme si la firma es del que tenía que firmar, porque a veces después me dicen: ''Esa no es mi firma''.

''—No señor aquí está su firma''.

''—No señor; esa firma no es mía''.

''—¿Que no es suya? Mire''.

''—Ah; esa es la firma que mi mujer hace por mí'' y ahí está pero la culpa siempre es tuya. Y no hay horas pa'citar. Hay que citar y tenés que citar. Por eso me compré esta loca vieja, pero siempre si no es el cicler, es la bujía, o es el pase de la nafta y la nafta que cada vez viene pior y más cara y las vueltas que hay que dar pa'arriba y pa'abajo purito dible con taxis, ómnibus y camionetas? Y la gente más abombada que hay que cuidarla. Y que llegás y que el señor está en el banco y que vas al banco y que salió pa'la Aduana y que no está en la Aduana, que debe estar en el Cub y que tampoco está en el Club y que es capaz que está en lo é la Chicha. Es bravo, te digo. Esto es un relajo. Que debían poner horas. Y eso no es nada ¿y cuando hay sesiones extraordinarias? A veces te agarrás semanas de sesiones. Capaz de enloquecerte. ¿Y a veces que se olvidan de darte pa'citar con tiempo y tenés que salir a última hora?...

Bueno; yo no sé si esto es verdad, ni me interesa; pero no le veo la importancia. Debe tenerla pero yo no la veo.

¿Se ven nacer las cosas? ¿Se asiste a la aparición de la vida? ¿Al crecimiento? ¿Al duro tiempo de la cosecha? No; puras palabras. Puro papel.

—Es un área muy breve pero existen dos culturas. Es así y una se siente superior y en cierto grado lo es.

—¿Superior cultura? Puede ser, pero yo no lo vi así. Vi el relumbre de un diente de oro en una boca vacía. Cuidado el diente, brillante el diente, mostrando el diente. Pero una cultura útil, que sirva, superior, yo no vi.

—Pero hay gente preocupada por el destino del país.

—Habrá, sí, pero ¿dónde está?... Si esto es pura soledad y cada vez más soledad —soledades a caballo —soledades viriles, con el pajonal como amigo de confianza y con la milonga para decir su sentir como en el Paisano. Ahora, pero los que saben no vienen y los demás opinan. Y yo no sé cómo, pero este país tiene que poblarse de gente y tienen que volver al campo los que se fueron o sus hijos o nietos. ¡Bola de hormigas, ahora!

—Nadie quiere volver, es cierto, porque no es "negocio". Porque nos han metido en la cabeza la idea del confort urbano, del consumo de superficie. Esa idea comercial.

—¡Ah! ¿Está de acuerdo?

—En gran parte estoy, Zenobio, pero me parece importante superar las carencias, a nuestro estilo. Porque no nos parecemos a nadie.

—Y más tarde o más temprano el campo se tiene que poblar —no para destrozar campos dando vuelta tierra—. Yo le dije a mi hermano al volver: "—Tus hijos o tus nietos se parecerán más a mi que al hombre del papel".

* * *

—Escuche esto a ver si le gusta la tonada —dice Zenobio, mientras hace en la guitarra unos "cifroleos" originales:

Ancha la mano y suave,
—correspondiente anillo—
sólido el pensamiento

de unos noventa quilos:
Ya no se encuentra un diablo que trabaje.

Y da vuelta su mate
de sentado, allí mismo,
la silla se ve loca,
pero todo tranquilo:
Ya no se encuentra un diablo que trabaje...

A la sombra de un árbol,
sudando a su manera,
por la redonda calva
una luna de siesta:
Ya no se encuentra un diablo que trabaje.

La tarde quiere un mate
y espantarse las moscas,
un golpecito de aire,
pensar alguna cosa:
Ya no se encuentra un diablo que trabaje.

—No son "murmullos y pájaros" como decía el *zorzal* Izurco.

—No, yo creo que son elementos esenciales de una situación que uno trata de revelar.

* * *

—He tenido oportunidad de leer autores que nos pintan al hombre de campo —a ese ser anónimo —como a un ser callado y no me han convencido del todo. ¿Ha estado usted en un galpón de esquiladores?

—Cómo no.

—¿Hay silencio?

—Qué va a haber —dije yo.

—¿Ha visto una reunión o una fiesta? ¿Hay silencio?

—No

—¿Ha visto una rueda en el boliche? ¿Ha presenciado el encuentro de dos amigos que hace tiempo no se ven? No hay si-

lencio. Lo que pasa es que cuando nos observa un extraño y ese extraño para mejor es pueblero uno se calla. ¿Usted ha visto que si llega un forastero del pueblo la reunión se calla, las conversaciones se suspenden. Ahora, si un pueblero quiere conversar con un paisano, el paisano se cierra. ¿Por qué?

—Son dos mundos distintos.

—Claro, no hay casi nada en común. Se habla por no estar en silencio y el responsable de la conversación es el ciudadano que pregunta y se siente superior —a mí me ha pasado—. Por dentro, el paisano se ríe pero se siente inferior.

Cuando son compañeros que están siempre juntos sí, pueden estar mucho tiempo en silencio, pero basta que a uno se le haya ocurrido algo o haya tenido que ir a algún lado para que a la vuelta se reanude la charla.

Cuando hay confianza y cordialidad hay gente que hay que pedirle que se calle, como al Cachila que le daban un pastel para que contara un cuento y tres para que se callara.

—Eso es así. Y nadie es tartamudo cuando se le quema el rancho.

—Pero si no hay un entender las cosas de una misma manera, no puede haber diálogo. Estoy seguro que si un pueblero oye esta conversación no entiende, a menos que ponga voluntad de comprender, porque está llena de metáforas: "Tiene algo pa'comer?" —le pregunta un paisano a otro. "—Nadita hermano; los campos están en tierra". —contesta el otro. Se trata del pasto para los animales.

O este otro:

"—¿Viste a la Adela? ¿Qué te pareció?"

"—Gran calidad y estado y conoce el mio-mío.

***

El aire tiembla a lo lejos
bajo la siesta de sed...
No se te pasen las horas
y te olvides de volver.

El Olimar es un sueño...

Madre que ves en la tarde
el sol que está por caer

y en el agua aquella mano
que no lo deja volver...

El Olimar es un sueño...

—El agua no tiene gajos
no lo olvides nadador
y en el río hay remolinos
como sueños bajo el sol.

El Olimar es un sueño...

—¿Cómo hizo esa canción?

—Yo tengo una tía en el pueblo —que vive cerca de la laguna de las lavanderas —y tiene un hijo que se le escapa y se va al río después de mediodía.

Ella tiene miedo, como seguramente tienen miedo todas las madres que tienen hijos que se van al río. En verano llegué a la casa de mi tía y viví esta canción, que no es alegre.

También hice otra para una lavandera a la que veía pasar todos esos días por la casa de mi tía.

Vamos a ver agüita como viene
esta semana la ropa del señor
cuestión de golpe, palmeta y darle fuerte
tengo pulmones y a más me ayuda el sol.

Y vas a ver agüita como afloja
a flor del agua toda la suciedad...
Es lindo verla despacio irse bien lejos,
manos que aguanten jamás me han de faltar.

Yo vine joven a ayudar mi madre
y ahora mis hijas me dan la mano a mí:
Es la cadena laguna compañera
vos sos testigo que es muy duro vivir

Vos siempre igual agüita de la orilla
limpia limpita de cara y corazón.
Como la palma de mi mano brillas
y tu destino es claro como el sol.

* * *

—Hay una cosa que está diciendo, que el asunto actual, actualmente va de mal en peor —me decía el Burro Muñoz, los otros días, cuando íbamos para la feria.

—Que está feo está —le dije— pero no me doy cuenta de la intención suya, don Diyuntino.

—Empérrese de fe y va a sacar —me decía, y yo pensaba: "—Por dónde me saldrá este hombre viejo, medio raro. ¿será porque todos se quejan? Yo que sé, y pensaba, pero no me animaba a decirle nada. "—Usted sabe que no me doy cuenta —le dije en el momento en que enfrentábamos un echadero de ganado donde había cuatro o cinco animales que se guarecían del sol bajo una gran cina-cina.

—¿Había visto usted alguna vez, tanto animal pensando como ahora?" —me dijo, y los ojos de don Diyuntino miraban los vacunos con una notable preocupación. Yo los miré también y no pude menos de sorprenderme al verles las caras largas y sombrías y las miradas desoladas, tanto que tuve que decirle:

—Nunca había visto, don Tino, tiene razón.

—La vaca sabe todo, Zenobio, porque es animal de guampa.

—¿Cómo, don Diyuntino? —le dije entre curioso y preocupado.

—Que la guampa tiene "letricidá", se sabe. Usted se pasa un peine'e guampa por el pelo y queda chillando y el "arradio" es a "letricidá" y es pura novedad de muertos ¿No ha escuchao el "arradio"?

—No don Tino, yo no tengo radio —le dije.

—Menos mal, Zenobio, porque asusta, pero la vaca, como tiene guampa, no se puede escapar y oye todo.

Entonces no pude aguantar y le pregunté, para salir de dudas, si me estaba haciendo una broma o si él creía aquello:

—¿Y usted cree que la vaca escucha y entiende, don Tino?".

—Como no, Zenobio. Si no, pa'qué los informativos de la tablada de Radio Rural empiezan con un balido general de la animalada? ¿Y usted cree que el balido no quiere decir nada?

—No acierto, Don Tino, le aseguro que no acierto.

—Pues el balido es la prosa de la vaca. En esos balidos ellas le avisan todito a las otras.

Entonces yo me animé a decirle con mucho cumplido:

—Usted es un hombre de respeto, don Diyuntino, pero yo no puedo creer en eso.

No me hubiese metido, porque se enfureció:

—Parece mentira, pero los más brutos son ustedes y nos gobiernan a todos, pero sepa que ellas piensan y saben mucha cosa que ustedes no saben.

—Disculpe, don Diyuntino, yo no quise ofenderlo —atiné a decirle.

El siguió callado pero al cabo de un momento de reflexión, me dijo, ya más calmado:

—Nosotros miramos un campo con una helada machaza y decimos: "Ta todo igual", y no es así. Hay algunos pedacitos que están calentitos ¿Usted sabía eso?

—No, señor, no sabía —le dije como una muestra de respeto mayor.

—Ahí tiene. La vaca sabe. Usted hace levantar una vaca, una mañana de helada y a qué está calentito abajo de ella.

Don Diyuntino no estaba bien.

—¿Usted cree? Usted ¿No cree?

Yo no sabía qué decirle ya.

—La vaca sabe todo, pero la oveja no sabe nada. La oveja no sabe nada por el abrigo. El abrigo es sordo. Ni el mismo carnero sabe nada, por eso. Porque, como tiene el abrigo, no le llega nada. Aunque tiene guampa no le llega nada, porque como tiene las guampas enroscadas, la "letricidá" pega en la lana y se achata. La oveja es una "enfeliz". Por eso dicen: es una oveja.

A esta altura, yo lo miraba con la intención de decirle: "Bueno don Diyuntino, déjese de tomarme del pelo", y se me ocurrió preguntarle:

—¿Y usted cómo sabe esas cosas?"

—Como las sé, no sé, pero que el carnero tiene su pensar, tiene. Pero es un pensar maligno. El carnero agacha la cabeza y atropella y le pega la topada y es de mal instinto, de mal instinto.

—Pero don Diyuntino, eso es muy natural.

—¿Natural? ¿Usted halla que es natural?"

—Seguro, porque es el instinto del animal.

—Pero es un mal instinto, un instinto negro; como lobizón de viernes.

—Bueno, pero el instinto del carnero existe y el lobizón no.

—¿Usted no cree? —me dijo cuando íbamos entrando en fila india por un camino entre un pajonal donde al espantarse unas yeguas sentí un rebuzno y me acordé —aguantando la risa —que a don Diyuntino le decían El Burro.

—¿Usted no cree? —me dijo al despuntar el bañado.

—Bueno, yo no he visto nunca un lobizón, don Diyuntino.

—¿Que no ha visto?''

—No.

—Usted ha visto sí, y muchos; lo que pasa es que usted los ha visto en figura de gente o de otros animales. Porque los lobizones se disfrazan. Y no es de noche que se disfrazan. Es de día.

—¿Cómo, don Tino?''

—Pues el lobizón, de día se disfraza de otra cosa y pasa. Y de noche larga el disfraz y queda él. ¿Pa'qué va a llevar disfraz a lo oscuro? Se disfraza de día pa'disimular. ¿Usted no ha oído decir que cuando matan un lobizón, al otro día aparece otra cosa muerta en lugar del lobizón? Porque él, con el pensamiento maligno que tiene, caza antes de morir la figura de lo que se acuerda y muere como otro, pa'que no lo descubran.

—¿Pero usted ha visto lobizones, don Diyuntino?

—Te viá a agarrar a patadas por ciego —le gritó don Diyuntino a su caballo, que había metido la mano en un cangrejo, al tiempo que lo levantaba en el rebenque.

—Sinfinidad —me dijo— pero sólo una vez me asusté, muchacho.

—De noche o de día, lo vio?

—De día se pueden ver, pero hay que saber y uno sabe el que es lobizón silvestre, pero nadie más sabe. Esa vez fue entre dos luces. Era en un montecito, como una rebolada de sauces y mimbres y abajo un pasto flojo, verde claro. Y era entrar en la rebolada y ya me entraba como un chucho. Siempre estaba como húmedo, como frío, como diciendo que había un algo. Uno podía andar sin misterio y feliz, pero era llegar al montecito y me aplomaba. Ese era el vapor del lobizón. Hay ese vapor aunque no esté trabajando mismamente. ¡Quien sabe cuántas veces había estao mirándome y yo no había visto nunca! Pero esa nochecita —todavía entreclaro, se veía bien al trasluz todavía— se me apareció en figura de perro. Un lobizón machazo. Se paró en cuatro patas y me miró moviendo una oreja.

—Juera el ser —le grité —pero él se quedó como si nada. Se lambía el hocico y no me sacaba la vista de arriba.

—Pero era un perro, don Tino.

—Sí, un perro, un perro machazo, un perro que yo no había visto nunca.

—Un perro, don Tino...

—Sí, muchacho; un perro lobizón.

Por no darme por vencido le pregunté:

—¿Y cómo supo que era lobizón?

—Hasta ahí no te puedo decir.

—Por qué —le pregunté desalentado.

—Porque enderezco el camino del misterio.

A esta altura, yo ya no sabía qué hacer. Pensaba que don Diyuntino no estaba bien y no deseaba más que llegar y librarme de él.

—Un lobizón machazo... machazo —volvió a decir.

—¿Y usted qué hizo? —le pregunté, para seguirle la corriente.

—Lo miré y se puso a llorar. Y era un desconsuelo que partía el alma. Y a mí me dieron tristeza aquellos ojos. Tan personales talmente que le dije: ''Retírese''. Entonces me fulminó por entre las lágrimas y al dar la media vuelta pa'perderse, largó un aullido como de puma herido y se desbarrancó por una zanja barriosa. Yo lo seguí pa'mirarle las pisadas y eran de perro. Igualitas, pero más grandes. Entonces 'tuve varios días preguntando por las dudas, pero nadie me dio señales.

—¿No sería algún perro vagabundo?

—Qué perro ni qué perro; era un lobizón machazo. Pero hay dos clases de lobizón, el lobizón silvestre y el lobizón siete mil forma que abunda poco. Pero pa'ese no hay oración y no lo descubre nadie. Capaz que usted habla con él y no se da cuenta, 'tá clarito. Porque los lobizones se disfrazan de otra cosa de día. Como yo, por ejemplo. Míreme.

Yo lo miré y recién me di cuenta por qué le decían el Burro. La cara larga y afinada en las mandíbulas y arriba una frente estrecha, cuadrada de pelos y aquellas orejas peludas y móviles me revelaron su identidad.

—Yo no soy cristiano legal. Yo soy un burro ¿No me ve?—. Y se rió. Los dientes amarillos y parejos, como granos de maíz catete, obraron el milagro. Era un burro, mismo.

El sol estaba en las tres de la tarde y seguramente llegaríamos al pueblo antes del anochecer, pero decididamente a aquel hombre "le falluteaba el balero".

—Por eso entiendo de esas cosas —me dijo, arremangando los labios hasta la nariz y aspirando ruidosamente el aire con los ojos cerrados. Y rebuznaba. Muy feo, pero rebuznaba.

—¿Se dio cuenta? —me dijo al tiempo que se largaba del caballo y, para que no me quedara ninguna duda, puesto en cuatro patas, le tiró dos patadas al aire.

A la entrada de sol, entre tres vecinos, lo poníamos en un jeep rural, para llevarlo al hospital.

Ya nadie se reía.

***

—Mi tía —a quien le gustaba oír cantar —me llamó una tarde para mostrarme un hombre encorvadito que caminaba trabajosamente con un bastón. ¿Sabes quién es? —me dijo. Ese es Telmo Batalla, el cantor ciego. Telmo Batalla el cantor ciego, que cantaba metido casi en la boca de su guitarra, según me contaron y que había cantado denunciando injusticias. En ese tiempo ya no cantaba y yo recuerdo su figura como en el tiempo quieto de la niñez.

Muchas veces lo oí nombrar. Siempre aparecía la particularidad de que cantara contando los sucesos felices o desgraciados del lugar. Era un historiador humilde.

Al pasar el tiempo fue creciendo para mí y le hice esto:

Permitan señores
que levante la tapa de olvido que cubre
a don Telmo Batalla.

En este pueblo de las calles de barro
y de noches tempranas:
Voz de los humildes cantaba
don Telmo Batalla.

En este pueblo de almacenes rosados
y de escaños lustrosos:

Voz de los humildes cantaba
don Telmo Batalla.

Y era limpia su ropa, limpias sus alpargatas
y era limpia su voz como limpia su alma,
y cantaban verdades que no mueren...

En este pueblo de sangre libertaria
y de muertes cruzadas:
Voz de los humildes cantaba
don Telmo Batalla.

En este pueblo cubierto de leyendas
solo con su guitarra:
Voz de los humildes cantaba
don Telmo Batalla.

—Zenobio, él imprimía en hojas sueltas sus versos y los vendía en las calles del pueblo, en los boliches y en las reuniones de carreras.

***

—Bueno, me vine a despedir de esta vida nómada que he llevado. Usted sabe que la tarde que se enloqueció don Diyuntino, íbamos a buscar unos animales para mí, pues había hablado con mis hermanos por el campo que teníamos arrendado. La cuestión fue fácil, porque el arrendatario va a liquidar para jubilarse. Ya me había dado permiso para echar animales. Ahora sé dos cosas y una la digo aquí, en esta milonga para el Indio:

Compadrón el Indio canta
con la boca como horqueta
y es su medida completa
cuando en su guitarra canta.

CANTO:

El canto me va saliendo
de los últimos rincones...

Canto pobre que se pone
la ropa con mil remiendos
y sin lujos va viviendo
como a quien nada le sobra
y aunque el silencio le cobra
pastoreos a su voz
de balde es porque nació
para ser la mano de obra.

II

Se ha visto a algunos andar
pidiendo y haciendo acopio
haciéndonos creer que es
lo que usan pa dominguear.
Es más lindo remendar
lo que es de uno sin ayuda
de esto no les quede dudas
y es bueno en cualquier terreno:
que al que viste con lo ajeno
en la calle lo desnudan.

Ocasionen puede el ruido
embarullar al cantor
si al propio canto interior
no lo siente hasta dormido.
Paisanos, soy prevenido,
en el ruido no me pialo
y sin tenerme por malo
con razón adonde cuadre
puedo decirle: —Compadre
los de afuera son de palo.

Sobre la tierra cantar
patria, bajo el cielo en flor,
patria dulce qué blandor
sobre la tierra llorar...
Sobre mi tierra cantar
hasta la noche mayor,

vida, quehaceres, amor
con la medida del hombre
y en el corazón su nombre
hasta la noche mayor.

Los Libros del Caballito
segunda serie

1. RUBEN LENA: Las cuerdas añadidas.
2. WALTER ORTIZ Y AYALA: Obra junta.
3. RICARDO SCAGLIOLA: Los pies sobre la tierra.
4. VICTOR LIMA: Cancionero.
5. CARLOS CRESCI: Canciones con historia.
6. OMAR MOREIRA: La rodaja de la espuela (cuentos).
7. MARCOS VELAZQUEZ: Cancionero.
8. RUBEN LENA: Vagabundeos y canciones de Zenobio Rosas.

Se terminó de imprimir en los talleres de Prisma Ltda. Gaboto 1582, Tel. 4 32 06, Montevideo, Uruguay en agosto de 1982. Edición amparada al art. 79 de la Ley N° 13.349 (Comisión del Papel). Le correspondió el Depósito Legal N° 181.118/82

Una vez, un autor de canciones, abrumado por su natural modestia, dispuso que algunas de ellas pasasen a ser firmadas por un alter ego, de nombre y apellido apaisanados. Así nació Zenobio Rosas. Pero como a veces ocurre, la fuerza de su propia creación continuó elaborando toda una historia personal de la criatura de ficción. Pirandellianamente, Zenobio Rosas se emancipó de su creador (padre) Ruben Lena, y comenzó a protagonizar relatos y canciones; facundamente comentó sucesos treintaitresinos, en una palabra suplantó al escritor de carne y hueso.

Estos papeles felices permanecieron perdidos o ignorados durante años.

Reencontrados, Ruben Lena creyó necesario entregárnoslos legitimando a su criatura para alegría de todos sus lectores, que podrán así disfrutar del texto de muchas de sus más famosas canciones junto a un sabroso anecdotario de su entrañable pago.

Portada:
"Cantando pa entretención"
(detalle)
de F. Molina campos

LOS LIBROS DEL CABALLITO
SEGUNDA SERIE